

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXXII

San José, Costa Rica **1936** Sábado 11 de Julio

Núm. 2

Año XVIII — No. 762

SUMARIO

Oasis.....	R. Bitsilli	Alto en el Pedernoso.....	Azorín
El castigo y el cauce.....	José Carner	Historias baladíes.....	Francisco Luarda
Erasmus encuentra a John Colet.....		Homenaje a la vejez.....	Armando Solano
Schura Waldejewa.....	Miguel de Unamuno	El vampiro.....	José del C. Velasco
El joven llorado.....	Rafael Maya	La amazona del viento.....	Ciro Méndiz
Cuadro sinóptico(y 2).....		Recado sobre Quetzalcóatl.....	Gabriela Mistral
El testamento de Enrique José Varona.....	Alberto Arredondo	Noticia de libros.....	P. Mourlane Michelena
Traducciones.....	María Rosa Lida	Bodas de plata de un libro de Gentile.....	
Canción del tranquilo morir.....	Alejandro Carrión		

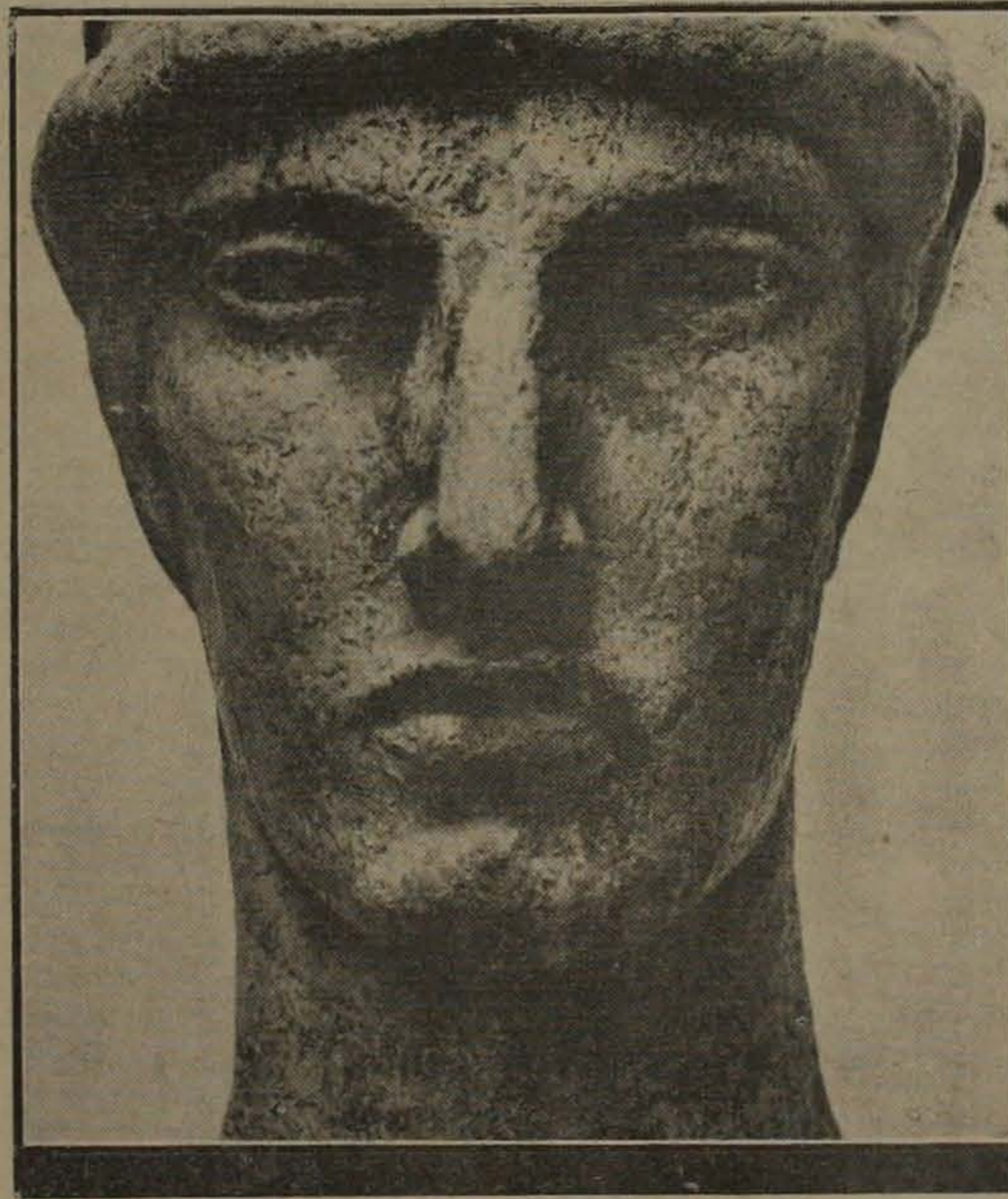
De todos los países que durante el siglo XIX se hallaban en el cauce de la cultura europea, sólo Francia e Inglaterra perseveran. Probablemente permanecerán en él mucho tiempo. Ya Europa, a fines del XVII y principios del XVIII, se concentró en ellos. Países en los que la personalidad puede pronunciarse libremente sin ser aplastada por la masa. Hecho debido, únicamente, a la idea nacionalista cada vez más acentuada en ellos, y que, si marca su diferencia con los pueblos que sin haber rehusado a la libertad forman una "provincia" europea, es por su triple condición europea, mundial y humana. El primer lugar corresponde indiscutiblemente a Francia. Su labor espiritual es más intensa, amplia y productiva que la de Inglaterra. A Francia hemos de recurrir cuando deseamos conocer el pulso de toda Europa, de qué vive y respira. En nuestro siglo, época de autoanálisis e introspección, es esencial el hecho de que la estructura de su cultura, su esencia, sus principios espirituales y los complejos que la determinan, constituyen tema, quizás el más importante de cuantos preocupan el espíritu. Lo es desde luego, directa o indirectamente, de toda la literatura francesa moderna. Los franceses, en su sano temor al ridículo, o más exactamente esquivando la *sottise* y faltos de fe en los sistemas amplios, procuran evidenciar la significación de su cultura sin abordar los problemas de manera imponente, ni alargarlos con la pesadumbre de esas síntesis histórico-mundiales que constituyen el método predilecto alemán. Renovando, con lozanía moderna, las antiguas formas que caracterizaron los siglos XVI y XVII (de tan capital interés para la Francia actual), prefieren concretar su pensamiento en *essais*, *traités*, esquemas, consideraciones acerca de temas concretos.

Pronto se advierte que la gran difusión de esta literatura es síntoma de crisis espiritual. Aclaremonos. Cultura es creación, labor iluminada por la consciencia, y cada período cultural posee su filosofía de la cultura. Pero una cosa es reflexionar acerca de las elevadas finalidades de la cultura, y su significación general, o fijar el lugar propio del agente cultural, del hombre, en la naturaleza, discutiendo su misión y el sentido de su vida, y otra, muy diferente, averiguar lo

Oasis

Por R. BITSILLI

= De Revista de Occidente. Madrid, octubre de 1934—
Traducción de C. y O. Prjevalinsky. =



L'a France

Por Bourdelle

que se nos da con la cultura, dedicarnos, por así decir, a su psicoanálisis. Por definición, la cultura supone algo esencial al hombre. Así, no hay que confundirla con la moderna inquietud, con el temor a la cultura, con ese sentir instintivo de algo inconcreto que encierra la sospecha no ya de su orgánica y natural imperfección, sino más bien de su fracaso; con todo lo que conduce a su condenación interior, precedente indiscutible, de la necesidad del estudio psicoanalítico. Este es el *mal du siècle* actual, el *Weltschmerz*, lo que nos acerca al período romántico. Pero, como, atinadamente, alguien ha observado, la actual inquietud difiere del mal que padecía aquel siglo. El romántico llevaba a gusto su dolencia, se preciaba de ella, hubiérase ofendido ante el ofrecimiento de una curación. El hombre moderno, en cambio, no desea otra cosa. El prototipo que más se le aproxima en el romanticismo es Obermann—que

sólo condicionalmente puede figurar entre los románticos —con mayores títulos que René o Child Harold. No está inclinado a declarar su dolencia. Pero el hombre moderno es demasiado honrado consigo mismo e, intelectualmente, demasiado maduro, para remediar su mal mediante el procedimiento Coué: declararse sano y vivir como si así fuere. La única dificultad del problema estriba en aclarar la duda esencial, antes apuntada, con respecto a la cultura moderna, en el sentido de que la superación de la crisis tiende a favorecer los mismos principios espirituales que la originaron, las tendencias espirituales que principalmente la integran. Porque la dificultad consiste, dado un caso concreto, en determinar si se trata de lo que nosotros llamamos crisis o de su superación, de la salida misma. Así precisamente ocurre siempre en la historia. La corriente de la vida se desliza suave y continua, pero al comparar lo presente con el pasado parangoneamos en realidad aquello que nos ha sido dado de una manera inmediata con los esquemas de lo moribundo del tejido vivo de la historia, simplificando y ordenando el conocimiento. Solamente por eso, el pasado aparece más sencillo, más comprensible, más exento de contradicciones que el presente. Pasamos de una comedia clásica, con sus personajes-máscaras, cerrados, revestidos cada cual de su correspondiente colorido monótono, al argumento de Stendhal o de Tolstoi.

La segunda dificultad consiste en precisar cronológicamente ese "presente". ¿Adoptaremos como jalón fundamental la guerra? Criterio que parece imponerse por sí mismo. Pero ¿acaso es la guerra la que ha originado tantas crisis? ¿La crisis de los valores, la crisis de la producción, la de la democracia? Sin embargo, demasiado sabido es que la última crisis, que en modo alguno podemos suponer derivada de alguna mecánica de fuerzas sociales, se ha manifestado precisamente después de la guerra mediante una serie de explosiones, pero antes existía ya en estado latente. La ruina de los valores espirituales, la atomización de la sociedad, eran las condiciones del extremado individualismo en literatura y en arte; del escepticismo por el escepticismo de Anatole France, como del

arte por el arte de los simbolistas y decadentes. La crisis entra, inmediatamente antes de la guerra, en una nueva fase, y alcanza su alto grado presentándose simultáneamente como el principio de su agotamiento. Aquí podemos precisar una fecha: 1913, el año que se publicó el primer tomo de *A la recherche du temps perdu*. Hay cierto paralelismo entre Flaubert y Proust, su destino, su tragedia. Si se complementan mutuamente, simbólicamente se determinan. Ambos son ascetas, mártires del arte, pero cada cual a su manera. Flaubert anhelaba ser, exclusivamente, un artista de la palabra. La vida representada por él, según se persuadía, sólo era un material para la "frase" de sentido armonioso. No lo logró; no llegó a ser un clásico de la prosa. Su estilo se considera hoy como un gran error, y si *Madame Bovary* y *Education Sentimentale* aun viven, es, exclusivamente, porque palpita en ellas la vida "real". Por el contrario, Proust abandonó ya ese culto de arte "puro". Su "asquesa" del arte no representa para él una finalidad. El arte es un medio para conocer al individuo, la vida. Proust es de los que han caído en la preocupación contemporánea por el hombre. Aquí tenemos que contar con el *consensus omnium*. El lugar de Proust entre los literatos está consolidado, pero, precisamente, como artista de la palabra. Con razón afirma André Gide que todo lo escrito anteriormente parece pálido, apagado, inexpresivo, impreciso, pues nadie, entre los novelistas al menos, alcanzó la maestría estilística de Proust. Unánime es también el juicio acerca de lo que se presentaba como finalidad exclusiva de su labor, totalmente fracasada. Fracaso al que conscientemente se precipitaba con su teoría de las *intermittences du coeur*. El hombre, en su nueva *Astre*, no existe, es un producto analítico. La tendencia antropológica y gnoseológica bergsoniana, está llevada al extremo según su doctrina del papel de la memoria, siguiendo un aspecto del método freudiano, con su teoría de sublimación. En este humanismo inhumano se manifiestan las leyes de la dialéctica del espíritu. El método de Proust no constituye equívocación desechable, superarlo no significa retroceso, sino adelanto. Es imposible refutar ni a Bergson ni a Freud, maestros de Proust. Pero se puede y debe desarrollar el pensamiento creador de cada uno de ellos. La esencia de la concepción de Freud se encierra en la emancipación de la Mitología, carece de valor positivo, está unida a la idea dominante en el último cuarto del siglo pasado: que el hombre se explica por su pasado. Ahora tendemos a explicarlo por su futuro. A Freud debemos, pues, la revisión del concepto admitido de hombre normal. "Normalidad que radica no en su *condición* inmutable, sino en su *intención*". El valor moral de la doctrina freudiana consiste en que cada hombre *medio* (según el concepto de anormalidad de Freud), debe luchar consigo mismo para alcanzar la normalidad. La teoría de la evolución creadora fundamenta tal posibilidad. Pero surge una pregunta: si todos son anormales, ¿qué es, pues, "norma"? Cuando se alcanzaba, por así decir, la crisis de la crisis, Bergson no había emitido todavía su opinión, no había llegado a la última etapa de su camino hacia el esclarecimiento espiritual. Como expresión de todo ello apareció su obra: *Les deux Sources de la Morale et de la Religion*. Su evolución creadora, al parecer, no conduce a nada. Pero el pensamiento fran-

Cansancio mental Neurastenia Surmenage Fatiga general

son las dolencias
que se curan
rápidamente con

KINOCOLA

el medicamento del cual
dice el distinguido Doctor
Peña Murrieta, que

"presta grandes servicios a
tratamientos dirigidos se-
vera y científicamente"

cés actual no aguarda la solución del maestro, se adelanta a ella.

Concede lo anterior gran significación al hecho de que al superar a Proust, lo sea también otro gran maestro de la vida, André Gide (1), y por procedimiento idéntico, continuando su mismo pensamiento, ahondando en su problemática. Proust y A. Gide son dos aspectos del más moderno humanismo en su etapa terminal. La moral inmoral de Gide es correlativa del humanismo inhumano de Proust. Se atormenta preguntándose qué es el hombre, mientras aquél piensa en lo que debe ser. Proust separa el hombre "interno", el auténtico, del "externo". Preocúpale el problema del hombre agente, considerado como un todo y exclusivamente en su actividad. No señala otra finalidad para el hombre agente, sino la función en su actividad. Con lo que se entrega al egotismo y solipsismo y, en el fondo, lo suprime. Sin embargo, Gide descubre que éticamente está en un círculo vicioso cuya salida halla en un plano estético. Hablando del lenguaje de Proust, Gide añade que al releerle, durante muchos días pierde la posibilidad de escribir, porque le parece ilícito hacerlo de otro modo, y lo que llaman la pureza de su estilo le parece pobreza. ¿Será sincero en su apreciación? De todos modos, discrepamos. La perfección de Proust como escritor brilla en la adecuación de la forma al contenido. Su estilo es bueno por sincero, y su bajo concepto del hombre y de la vida se reflejan en él. La riqueza de su vocabulario, la delicadeza de sus matices, su flexibilidad y potencia, admiran, sugestionan y, a veces, conjuntamente irritan, repelen, como ocurre con su análisis de los móviles espirituales del hombre sin alma, sin faz, en la hipertrofia de su individualidad. Expresando el contenido de lo incontinente, su estilo aparece sólo como una manera, como un procedimiento, lo cual

(1) A. Berge. Thierry Maulnier: *La Crise, est dans l'homme*. 1962.

explica por qué Proust se presta únicamente a la parodia, entre todos los clásicos de la literatura. V. Sirin lo ha demostrado brillantemente en *Camera Obscura*. Su parodia de los proustianos lo es a la vez, indudablemente, del mismo maestro. Contrariamente, la perfección de Gide como estilista consiste en que su estilo, sus procedimientos no se manifiestan, no se perciben. "El gran artista—dice el mismo Gide—sólo tiende a un fin: ser banal... y, caso extraño, sólo así realiza de manera completa su personalidad" (Incidentes) (1). Más adelante refiere cómo durante toda su vida y al luchar por conseguir su libertad contra los principios religiosos de su educación y tradición familiares, en realidad argumentaba en un terreno ético. "...En tanto, que el que se aparta de la humanidad, celoso de su personalidad, sólo logra convertirse en fenómeno, en monstruo perseguido por el hombre. ¿Será necesario referirnos a la palabra evangélica? Efectivamente, pues, no creo alterar su contenido: el que desee salvar su vida (su vida personal) la perderá: el que quiera perderla, la salvará." Podríamos decir de A. Gide en plan de psicoanálisis: sublimación en el arte, tendencias formadas en la subconsciencia y por esta vez no censurables, sino éticamente puras y elevadas.

Pero ¿qué significan las ideas de "humanitarismo" y de "norma"? ¿Por qué razón es estimable lo "normal"? ¿En qué consiste su valor si todos son "anormales"? ¿Dónde encontrar la "norma"? Queda patente la disyuntiva: renunciar por completo a la idea de norma—ya que en lo empírico existe, según parece, *contradictio in adjecto*—o reconocer los fundamentos metafísicos de la cultura, de lo absoluto, de Dios. Es característico el hecho de que en la Francia contemporánea, conducidos por estas ideas, el pensamiento regrese a la creencia tradicional, al catolicismo. Lo confirma así la creciente influencia de los que ya pasaron a la eternidad, de Ch. Péguy y Riviére; el verdadero culto en que se les tiene; el hecho de que los representantes más caracterizados del pensamiento contemporáneo y del estilo literario, Claudel, el filósofo y crítico Du Bos, el novelista Mauriac, sean católicos.

Entendemos imprudente hablar del triunfo completo y decisivo del pensamiento católico. Hay en la *élite* intelectual de Francia quienes resisten el ataque del catolicismo en nombre y defensa de los derechos de la Razón (Ramón Fernández), o de la Razón y, a la vez, de la tradición histórica (Maurras). El caso de este último es particularmente significativo. Para Maurras, el genio, el alma auténtica de Francia, son esencialmente "clásicos", lo que equivale a reconocer la supremacía de la razón sobre el sentimiento o, lo que es lo mismo, el predominio de la concepción positivista sobre la "mística", que tan fácilmente enraiza en el sentimiento por sus errores. La vuelta al catolicismo constituye una traición a la patria. El catolicismo se desprestigió al alumbrar el odioso romanticismo, con su desequilibrio, su licencia y falta de estilo, con su inducción al análisis de la personalidad por el individualismo, por todo aquello, en fin, que integra la imagen simbólica de Rousseau. En esto Maurras concuerda con los católicos Maritain y Mauriac, para quienes Rousseau marca el punto de par-

(1) Henri Massis: *Reflexions sur l'art du roman* (1927), 68.

tida de cuanto resume el objeto de su odio, con la sola diferencia de que, según los últimos, el ginebrino no representa la etapa final del desarrollo del pensamiento católico, sino su desfiguración, la permuta de sus valores por otros, de Dios por la Naturaleza, del amor-charitas por las "pasiones", y, en virtud de la negación del fundamento básico del cristianismo, consistente en la doctrina del pecado y de la culpabilidad de todos y cada uno ante todos y ante Dios, la negación del concepto de la redención.

La moderna concepción sobre Rousseau es indudablemente más profunda y sutil, más conforme a la realidad que la de Maurras. El prevalecimiento de Rousseau, ese André Gide del siglo XVIII, universalmente comprendido, no debe liberarnos definitivamente de los principios de la concepción cristiana, sino reintegrarnos a su pureza. Lo esencial es que ello se patentiza de día en día más definitivamente.

No puede esto dejar de sorprender a quien esté acostumbrado a la oficiosa vulgata histórica que se difundió en el período de la tercera República, según la cual Francia descubrió a sí misma, halló su propia individualidad solamente a comienzos del año 1789, de modo que, desde el punto de vista valorativo, significativo de la historia, todo lo anterior constituiría una preparación, y el referirse a la etapa prehistórica, un craso error.

Efectivamente, no encontraremos en Europa pueblo que se haya desarrollado de manera tan orgánica, con tal ilación como el francés. Que haya perdido tan poco en su proceso histórico y tanto haya conservado intacto. Se da en él la poco frecuente, pero feliz combinación, de elementos diversos, ordinariamente no coincidentes, y que de un modo fortuito cooperan a la formación de lo que llamamos alma de un pueblo. Trataré de explicarlo someramente.

Primero, el elemento geográfico, con sus distintos factores: de una parte, la situación de Francia; de otra, la constitución de su territorio: 1) Francia se hallaba (me refiero a épocas anteriores, ya que la magnitud del espacio real es relativa) más alejada del Levante que de Italia y más distante de las dos Indias que España e Inglaterra; 2) los dominios se completaban mutuamente. Resumiendo: concentración tras sus fronteras, colaboración en la población de otras tierras, "autarquía".

En segundo lugar, la situación política interior. El reinado ininterrumpido durante ocho siglos de la misma dinastía, unida en su desarrollo a Francia, reuniéndola junto a sí, encarnándola.

En fin, la elaboración, a comienzos ya del siglo XVI, del idioma común sobre los dialectos locales, a base de los del Norte de Francia; y no solamente la formación del lenguaje "elegante", cortesano, literario como en Italia, sino precedentemente el de las cancillerías, el de los negocios, que penetró más hondo en el pueblo.

Además, las relaciones con la religión y la Iglesia. La organización nacional, estatal, de Francia era tan sólida, que el Papa no representaba, para ella, ningún peligro real ni imaginario, lo que no les ocurría a Alemania y a Inglaterra. Francia enfermó de calvinismo y curó reforzando su integridad y autarquía con "las libertades de la Iglesia anglicana", pero permaneciendo católica.

El desarrollo constante, lento y "orgánico" de la unidad territorial, económica, lingüísti-

ca y jurídica de Francia, invulnerable a cualquier fenómeno por profundamente que perturbara la vida nacional, resistencia evidente en la historia de las instituciones, esa unidad, jamás sufrió alteración alguna, ni menos destrucción. Únicamente, a la par de las instituciones, cargos y divisiones territoriales anticuadas se instituían otras nuevas que coexistían con las primeras. De aquí el increíble desconcierto en vísperas de la revolución. Fué uno de los factores que intervinieron en la formación espiritual del francés "medio" con su circunspección, cuidado, temor a no prever, con su recelo y desconfianza, la costumbre a obrar sin prisas y con cautela, con todas sus características "mezquino-burguesas", desde hacía tiempo objeto de burla por parte de los mismos franceses, pero gracias a las cuales Francia ha logrado y logra su gobierno espiritual tan prudentemente, de manera tan sabia, que en los momentos de crisis espiritual siempre encuentra suficientes recursos para salir a flote y vindicarse. Sorprende la vitalidad y firmeza de la cultura francesa: ni un solo vacío en su historia, ni una ocasión en que el aspecto fuera de completa decadencia, con la sola excepción de la poesía en el siglo XVIII. Llegando a ser universal, no decayó ni un solo instante a la categoría de provincial, ni dejó de producir valores de cotización universal. Pero casi es más sorprendente en esta firmeza y vitalidad el otro aspecto. No existe en Europa otro pueblo en cuya historia de la cultura estén tan perfectamente representadas en todas las manifestaciones, excepto en la música, todas las tendencias posibles, motivos, modos, géneros y procedimientos. Con sus materiales se podría escribir una historia de la evolución, no ya de los géneros literarios, como hizo Brunetiere, sino incluso del desarrollo de la producción. Evolución tan perfecta cual si obedeciera a una ley y que por eso se explica la convicción de Brunetiere: lo falso se descubrirá por sí mismo en su inmanencia. Parece que esto debería favorecer, y en Francia, precisamente, más que en otra parte, el arraigo del historicismo, del relativismo o, en síntesis, la inclinación a ver en toda creación del espíritu una tendencia formal o pasajera; en otras palabras, propensión a no considerar sino la parte externa y contingente del caso, la que oculta los valores eternos, indiferencia por todo lo motejado de antiguo, por lo relativo al período ya cumplido en la evolución. Sin embargo, no ocurre así; precisamente caracteriza a Francia el que, a la par que convierte con extraordinaria rapidez, en pasado, unos valores culturales, como, por ejemplo, ocurre con Proust y, en parte, con A. Gide, desen-

traña de la historia otros valores trasladándoles a un nuevo plano, al de lo eterno.

Cada pueblo tiene sus "eternos símbolos", encarnación de su pensamiento: Dante, Shakespeare, Cervantes, Pushkin, Goethe. Pero hay un matiz especial en la relación de los franceses con sus grandes poetas, pensadores y artistas, en comparación de las de los italianos, ingleses, españoles, rusos y alemanes con los suyos. Diría, usando términos del espiritismo, que cuando el francés hace surgir los espíritus de sus antepasados, alcanzan éstos el mayor grado de materialización. Todo en ellos es para él igualmente actual, vivo y estimable, tanto la forma como el fondo. Procedimiento en cierto modo más sencillo, natural e íntimo, y desde luego purgado de las desventajosas consecuencias del culto, de la veneración y de la idolatría. Idolatría con su cortejo de servilismo, que se traduce en temor de ver en el ídolo un ser ordinario y conjuntamente a perder la gracia, la fe, viéndose obligado a confesárselo a sí mismo, ocasionando en los objetos del culto la desventajosa consecuencia de estilizarlos, dándoles un aspecto convencional y desfigurado. Aleja este peligro el hecho de que el concepto de los valores culturales del pasado y de los que los produjeron se distingue en Francia por su concreción muchísimo más marcada que en cualquier otra parte. Por eso se conciben en el plano de lo eterno, en la "no historia", vivos en todas las relaciones de la medida, ya que para el francés es mucho más fácil realizar las condiciones de la concepción completa de dichos valores, trasladarse a su mundo, a su época. El siglo de Luis XIV es muchísimo más actual para el francés que el de Isabel para los ingleses o el de los Médicis para los italianos. El francés no necesita realizar esos esfuerzos "en la investigación del tiempo perdido", tan necesarios a cualquier otro al ocuparse de la historia de su patria; de análoga manera, el protagonista de Proust por cualquier motivo casual, puede repentinamente hacerse cargo de ese pasado con tal claridad como si jamás hubiera muerto.

Se me han ocurrido estas consideraciones al leer *Le bal du comte d'Orgel*, de R. Radiguet. Sólo creo posible escribir semejante obra en Francia: salta a la vista la combinación entre el argumento de *La Princesse de Cleves*, de Mme. de La Fayette, y el modo de investigar los movimientos del alma y la manera de exponerlos de Marivaux, que, a la par de una admirable frescura, ofrece la justificación interna de cada pequeñez, sin vestigio de academicismo, arcaísmo o estilización. Para Radiguet, los autores de los siglos XVII y XVIII son tan modernos como lo es Bunin para cualquier escritor ruso contemporáneo. Podrían aducirse muchos más ejemplos de la

Quiere Ud. buena Cerveza?...

Tome "Selecta"

No hay nada más agradable ni más delicioso.

Es un producto "Traube"

unión viva e íntima entre los novísimos escritores y Montaigne, la Rochefocauld, Pascal y otros clásicos.

No he mencionado estos nombres al azar. Ahora, como nunca, se manifiesta la tendencia a restaurar la tradición clásica, la del Siglo de Oro. Es natural. Nuestra época lo es de vencimiento, de realización de los valores totales, de esclarecimiento de lo que queda vivo en la colosal, inmensa y eternamente diversa herencia cultural del pueblo europeo que nos legaron los siglos, de lo realmente vivo por la eternidad de su valor y de lo que es tiempo muerto. Época en la que cada hombre que vive la racionalidad reconoce, clara o confusamente, como deber de conciencia, la necesidad de escoger en la masa cultural ingente lo que considere como condición indispensable para evitar la ruina de lo espiritual, para el restablecimiento y la restauración de la cultura. Cada pueblo ha vivido su época de grandeza, el momento de culminación de su cultura. Momentos de calificación indiscutible, y acerca de cuya valoración no pueden existir discrepancias, porque basta conocerlos para apreciarlos. Francia ha vivido dos de estos momentos: en los dominios de las artes plásticas, después de la Edad Media; en los del pensamiento y la palabra, en el siglo xvii. Pero es más fácil apreciar la grandeza de un período cultural que discernir en qué consiste. Requiere esto último un esfuerzo mental encaminado a la-dear, sobre el tema en cuestión, apreciaciones y puntos de vista inadecuados o inexactos y cuyo arraigo y autoridad entre nuestros contemporáneos se explica por la inhabilidad con que se desenvuelven al tratar de su propia cultura. Verdad que ya nadie reduce el siglo xvii a Boileau, mejor dicho, a su figura empobrecida y alterada, tal como la vejan los críticos del siglo xviii: observación de la cesura, prohibición de los **enjambements**, las tres "unidades", etc., etc. El auténtico Boileau es hermano espiritual de Descartes, el que reconoció la soberanía de la razón como reguladora y ordenadora de la fuerza moral; el que buscaba la Verdad que dirige la vida y esclarece la razón y la conciencia, **aiméz donc la raison, que toujours vos écrits empreintent d'elle seule leur lustre et leur prix... rien n'est beau que le vrai, le vrai seul est aimable**. Y estrechamente unido a esto la declaración de la primacía del deber sobre las "pasiones", **et que l'amour souvent de remords combatu parisse une faiblesse et non une vertu**, fórmula genial de la mentalidad de la época de Corneille. La grandeza del Siglo de Oro reside en la unidad de su concepción. El verdadero sentido del clasicismo surge del reconocimiento de la ética del principio estético de la conformidad con las reglas, de la distinción entre la ética y la estética en la todavía perdurable discordia. Grandeza que arrastra al hombre de hoy hacia el clasicismo en busca de apoyo espiritual. Consideración que utilizaremos para determinar el lugar que corresponde en la historia al momento cultural presente. La vida obedece a leyes rítmicas. Podríamos, por ejemplo, abordar el proceso histórico en el aspecto de las alternativas que se manifiestan en cuanto a las "pasiones"; sin transponer los límites de la historia de la literatura francesa seguiríamos el curso del desarrollo cultural de Francia desde la **Chanson de Rolland**—la novela cortesana, la lírica del amor de los trovadores y más allá—, a la elevación del amor como principio sublime de

OCTAVIO JIMENEZ A.

ABOGADO Y NOTARIO

OFICINA:

50 varas al Oeste de la Tesorería
de la Junta de Caridad.

TELEFONO 4184 APARTADO 338

la vida en la poesía neoplatónica de la Pléyade; llegaríamos a la tragedia de Corneille y de Racine, a **La Princesse de Cleves**, a la literatura basada en el conflicto entre el amor y el deber (**...et que l'amour souvent de remords combatu...**); alcanzaríamos la degeneración del amor en **galanterie**, que ya se dejaba sentir entonces, y por lo que Boileau prohibía a los trágicos **peindre Coton galant et Brutus dameret**; y más lejos a otra apreciación de los valores, al nuevo ideal del hombre; desde el héroe del Cid, Horace, Saint Prux, o la exaltación al amor, no ya como instrumento para el conocimiento del mundo y de Dios (como entre los platonistas del Renacimiento), sino meramente como "natural", propio a la naturaleza humana y, por tanto, inclinación "santa" y "buena"; al florecimiento del romanticismo sobre este principio, a la reacción naturalista que opone al romanticismo, con su concepto de la personalidad, la concepción del hombre como "producto" de fuerzas sociales y, por ende, separando su parte afectiva, llegamos así al neorromanticismo de los últimos tiempos, cimentado en el "inmoralismo", en la "rehabilitación de la carne" y, a la simultánea reacción, a la revelación psicoanalítica del carácter desnaturalizado de esa animalidad que los contemporáneos, libres del engaño romántico del neorromanticismo, consideran como atributo necesario y esencial de la humanidad; abordaríamos, en fin, el perspicaz pesimismo desesperado de Proust. Formalmente, podríamos presentar este curso marcado por espíritu de rítmica, como la alternativa de la poesía con la prosa, del lirismo con la novela, en fin, la desaparición de la lírica y la crisis de la novela, problema principalísimo de la crítica contemporánea. Mauriac (1) explica esta crisis por la imposibilidad de la novela sin el conflicto como base. No hay lugar a conflictos en la índole de la psicología actual. Por un lado, la sociedad está tan atomizada, que el individuo, sin trabas morales, puede ceder a sus impulsos como y cuando quiera; por otro, la "sinceridad consigo mismo" ha traído al hombre actual a tal estado especial de convencimiento nihilista, que no hay lugar para disconformidades internas. La novela en estas condiciones sólo puede ser una parodia de la novela auténtica.

¿Cabe así el renacer de la novela? Y siendo tales las condiciones, ¿por qué escribe el mismo Mauriac? La explicación consiste en que el hombre actual, carente de contradicciones, es, en realidad, una ficción obra del espíritu. Mauriac busca y encuentra motivo para la disconformidad espiritual, nuevo, en el sentido de haber escapado a los novelistas, el conflicto entre el amor-eros y el amor-charitas, entre el impulso terrenal, carnal y el amor de los hombres en Dios (2). De esta

(1) *Le Roman*.

(2) Mauriac: *Souffrances et Bonheur du chretien*.

manera y en esto consiste su comprensión de las lecciones del clasicismo. También él divide la sensibilidad. Precisamente en esto consiste la originalidad de su concepción, no debida exclusivamente al intelecto. Hace desempeñar a éste el nuevo papel de llevar a cabo el conocimiento de sí mismo, lo que descubre que la naturaleza humana no se compone solamente de "pasiones" en el sentido de apetitos carnales, y que no rara vez aparece en su alma, como causa que obliga, no ya el principio oscuro y animal, sino el claro y divino. Así varía completamente el problema del psicoanálisis. Aclarar la conciencia retenida en los umbrales, sacarla a plena luz desde las tinieblas del alma, y eso, no para librarse de ella, sino para librarnos mediante ella. Por el método arduo y penoso del reconocimiento de su caída, de su miseria moral, de su traición a sí mismo, el hombre alcanza el éxito, el camino del perfeccionamiento espiritual. Para Mauriac, el siglo xvii no es Boileau ni Descartes, sino Pascal y Bossuet. En ello consiste su completa armonía con la realidad aclarada por las investigaciones modernas que han establecido los principios religiosos del Siglo de Oro. De modo que el retorno a la tradición clásica significa para Mauriac la vuelta a Dios.

Cualquier cultura auténtica, en sus orígenes, es religiosa. En la historia de la cultura de cada pueblo "histórico", en el sentido hegeliano de la palabra, se encierra toda la problemática de la cultura en general y se hacen efectivos todos los momentos de la dialéctica del espíritu. La diferencia del destino de los distintos pueblos resulta, desde el punto de vista filosófico-histórico, de las cualidades de su memoria histórica, de sus relaciones con la tradición, de la selección que en ella realizan, de la percepción de cuanto encierra de contingente, pasajero e indiferente y de lo que aparece como necesario, eterno o humanamente "existente" o "racional", hallando en todo ello nuevos impulsos para creaciones ulteriores sin pérdida de individualidad (1). Aquí son posibles, y nunca faltan, graves y peligrosos errores. Nada más fácil que confundir en la tradición lo contingente con lo "existente" y "esencial", la cáscara con la nuez, el **Kern**. Por ejemplo, estimar que el culto de Wotan es **Kerndeutsch**, llegando por derivación de razonamiento a la afirmación de que Wotan es el Dios verdadero. Antes he tratado de demostrar que la constitución del desarrollo del proceso cultural de Francia mantenía íntima relación con la tradición, menguando así el peligro de tales errores. Parece que el actual movimiento espiritual francés comprueba la necesidad de revisar el concepto, en estos últimos tiempos consolidado, de las relaciones entre la cultura y la civilización. Francia es casi la nación más civilizada del continente. Pero como su civilización está totalmente encapsada, saturada por su cultura, se comprende que los franceses, hablando en general, confundan estos conceptos. En esto Francia es antípoda de Rusia, el país de la cultura pura (2). Pero esta simbiosis no hace degenerar la cultura francesa, ni disminuye su fuerza vital o, lo que es lo mismo, su principio trágico, la capacidad de atormentarse con sus contradicciones internas buscando noble y virilmente la salida.

(1) A Gide: *Incidences*, pág. 24.

(2) Bitsilli: *Tragedia de la cultura rusa*, 1934.

En cierto libro, escrito en tierras hiperbóreas, de teología hallé este cuento: Murió un glotón, tal vez con aprensiones de castigo. Pero se las aquietó al penetrar en un vasto recinto, de líneas nobles, respirando un lujo severo, donde, con acogida cortés, se le hizo pasar a una cámara de labrado techo, ventanales de luz mitigada y mullidas alfombras. Un maestresala de perfecto estilo le rogó que se sentara a la mesa y mentara su plato predilecto. El recién llegado pidió un par de pollos bien dorados al asador. Como si su elección hubiese sido previsible, se los sirvieron al punto, y estaban perfectos. Ya no hubo más preguntas, y en las comidas sucesivas vino infaliblemente el par de pollos.—Menguada variedad la de esta cocina celeste—acabó por decir el nuevo huésped.—Los pollos son para toda la eternidad —respondió con torvo guiño el maestresala—, “porque esto no es el cielo”.

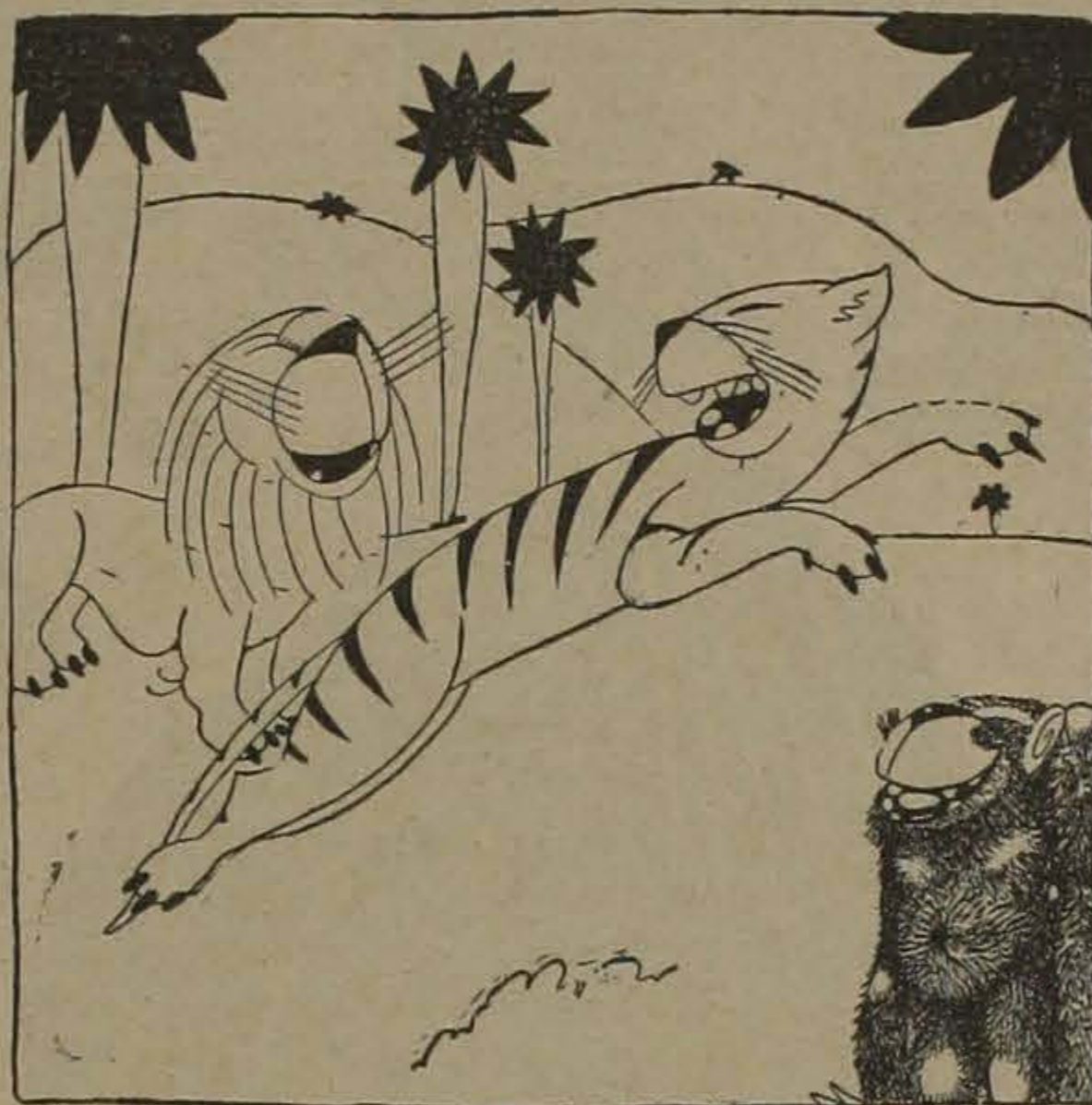
Dar a cada ruin lo que quiere, pero para siempre; no se puede llamar cruel a este castigo; pero no lo hay más completo y acabado.

Gran ruindad de España es la endemia en ella de la violencia; violencia de hirsutos y de ondulados, de gañanes de taberna y pollos de bar, de rufianes del rey y de pistoleros de la emancipa-

El castigo y el cauce

= De El Sol. Madrid =

En la selva, por Bagaría



El león.—¡Oye: si vas a las ciudades no te vuelvas animal doméstico!

El tigre.—Pero, león... Comparado con sus habitantes, ¿quién puede presumir de eso?

ción humana, de incendiarios y nuestras jaras y breñales o en cortadores de la oreja de Malco, nuestras callejas y avenidas, ande tradicionalistas de trabuco y dan necesitados de alguna sanción. Bien está el desarme, bien variados elementos, sueltos entre está que el Estado reivindique su

monopolio de la fuerza, que el Gobierno gobierne; pero una sanción común y poco psicológica aumenta la notoriedad de los delinquentes y el encallecimiento de los forajidos.

Esos necesitados de dureza, esos sedientos de emociones crudas, esos residuos de incapacidad civil, que sólo procuran irrisión para España y mal nombre y esterilidad para los ideales a que se creen contiguos, tienen su plato, predilecto, como el protagonista del cuento. Para castigarlos, lo mejor sería servirlos.

Les desplace, les irrita la convivencia tolerante, la libertad propia armonizada con la de los Jemás, la difícil victoria sobre sí mismos; apetece un modo harto distinto, con santo y seña elemental, uso de armas, cierto grado de promiscuidad en los cobijos, alguna especie de insignias o jaezces y una vida—de preferencia al del trabajo organizado— más o menos

vaga al hielo y al calor,

con súbitas irrupciones, sorpresas entre alaridos, ataques ciegos, fognazos, saciedad del más áspero gusto de la hombría. Pues bien: todo eso se halla en esa posible unidad de todos los que efectivamente usaron violencia: el batallón disciplinario.

José Carner

Erasmus encuentra a John Colet

Es aleccionador el episodio. Muy de actualidad. Bien vale la pena recogerlo. Lo cuenta Marcel Bataillon en prólogo de *El Enchiridion*, edición de Dámaso Alonso. Madrid, 1932:

Cuando Erasmo publicó el *Enchiridion*, tenía poco menos de cuarenta años, y llevaba diecisiete de vida clerical o monástica. Sus años de fraile en el convento de Steyn (1487-93) no habían sido más que una experiencia negativa. Lo mismo cabe decir de su carrera teológica en la Sorbona. Tedio e insatisfacción eran los frutos que engendraba la religión al uso. De repente, en 1499, se orientó su vida, hasta entonces sin rumbo, mal avenida con el ambiente eclesiástico, atraída vagamente por el humanismo sin profundidad que introducían en la Sorbona los Andrelini y los Gaguin. Llevado a Inglaterra por su discípulo y mecenas William Blount, encontró en Oxford a John Colet, que, de vuelta de Italia, explicaba literal y fervorosamente las *Epístolas* de San Pablo, haciendo patente en ellas lo original, lo eternamente vivo del Cristianismo. Entonces se le reveló una religión puramente espiritual, tan distinta del formalismo monástico y de los silogismos sorbónicos como la ley nueva de la antigua. A cuantos clérigos o seglares tenían sed de

fe viva, se les descubría en San Pablo el manantial cuyas aguas se habían empantado cada vez más durante siglos. Para ellos la primitiva religión del espíritu había degenerado en un nuevo judaísmo, con un sin fin de ceremonias, con imposiciones alimentarias e indumentarias que sólo en la com-

La recuerda A. Bonilla y San Martín, en el Prólogo del *Elogio de la Estulticia*, de Erasmo, traducción directa del latín de Julio Pujol, y edición de la Librería General de Victoriano Suárez, Madrid, 1917:

Entre aquellas *Facecias* del maldiciente Poggio, que tantas veces hemos leído y celebrado juntos, recordarás, querido Julio, que hay una donde el autor cuenta la historia de cierto sacerdote que, predicando un día ante sus feligreses, al recordar que el Salvador sustentó a 5.000 hombres con cinco panes, dijo, por error, 500 en vez de 5.000. Como su ayudante le hiciera notar, en voz baja, que se engañaba en el número: «¡Calla, tonto—le contestó—, que demasiado harán si creen en los 500!» ¿No te parece que alguna parte del espíritu de las *Facetiae* ha pasado al *Encomium Moriae*, aunque con mayor severidad y con intención más profunda? Yo para mí tengo que, sin la residencia en Italia, Erasmo no hubiera escrito el *Elogio de la Estulticia*.

plicación diferían de las del *Lévitico*. Otra vez el temor de Dios, que no es sino principio de la sabiduría, oprimía las almas borrando el sentido de la ley de gracia. Otra vez, pues, eran de actualidad las enseñanzas del Apóstol de los gentiles. Era San Pablo quien daba el santo y seña a cuantos caminaban a tientas hacia Dios: Incorporarse a Cristo, hacerse miembro del cuerpo místico cuya cabeza es Cristo. Nacer a vida nueva, como partícipe de lo divino, era la única manera de superar la sofística de los teólogos profesionales, acabando al mismo tiempo con el farisaísmo avasallador de la moral y de la religión. Ya lo habían sospechado los estoicos al buscar a la divinidad en lo más íntimo de su propio ser. En el alma de cada cristiano había de cumplirse la revelación archivada en los *Evangelios* y las *Epístolas*. Quien era miembro de Jesucristo era dueño de la más alta y profunda filosofía, ciencia sabrosa que no hincha y que no tiene nada que ver con el orgulloso saber de maestros y doctores. En John Colet resplandecía viva esta *Philosophía Christi*, que iba a actuar tan decisivamente en la orientación de Erasmo. Tanto la persona como la doctrina del maestro de Oxford, ocuparon ya siempre lugar preferente en su santuario interior.

Años después trazaré Erasmo, en díptico conmovedor, un retrato inolvidable de Colet junto con otro, no menos admirable, de Jean Vitrier,

Schura Waldejewa

Por MIGUEL DE UNAMUNO

= De Ahora, Madrid =



La capa de José

Madera de Emilia Prieto

A la vista, a la audiencia y hasta al toque de estallidos populares de locura comunal, que recuerdan ciertas epidémicas enfermedades mentales de la Edad Media, vuelve uno la atención al pavoroso problema de la relación entre la conciencia colectiva y la individual. Y se pregunta si los individuos que forman la masa afectada por el morbo mental son realmente individuos, si tienen conciencia personal. Triste sintoma de grave dolencia popular la que en épocas pasadas atribuía a los judíos envenenamiento de fuentes o aplicación de unturas y que hace un siglo llevó aquí, en España, a la matanza de frailes por la acusación de que envenenaban las fuentes. Y pensando en ello se pone uno a reflexionar sobre el trágico hundimiento de la conciencia individual, del buen sentido propio humano, en lo que se llama el sentido común. Y en el ahogo del hombre en la humanidad.

Pensando en esto, en cómo se encuentra desamparada y sin asidero de salud cualquier alma consciente de sí misma en este suelo social, que no es firme asiento de roca, sino movedizo tremedal, pensando en esto he venido—según mi costumbre—a fijarme en un dicho muy corriente, cual es el de que “por el hilo se saca el ovillo”. Y escudriñándolo he venido a parar en si no cabría también decir que “por el ovillo se saca el hilo”.

Entiendo aquí—metafóricamente, se entiende—por ovillo la madeja social, el complejo de creencias, costumbres, instituciones y demás cosas colectivas, y por hilo, la vida individual, la vida interior — y hasta íntima — de cada miembro vivo del ovillo. Y me vengo a preguntar qué sentido—y con el sentido, qué sentimiento— de su propia vida individual puede cobrar en este tremedal de la sociedad de hoy una pobre alma perdida que se pregunta su propio destino, su propia finalidad.

En un precioso ensayo del ruso Wladimiro Astrow leo esto: “La prensa soviética no gusta hablar de estas cosas; pero rompe aquí y allá el espeso muro de la censura el grito de las almas por aire libre. La “Komsomolskaja Prawda” informa de íntimas confidencias y quejas de la juventud obrera sobre el vacío y desamparo de su vida. “¿Qué importa que tenga ya diecisiete años y que se me llame ya una moza?—dice la obrera Schura Waldajewa—; lo que se me debería explicar es lo que me falta; yo no lo sé. Los jóvenes creen que yo soy brutal y esquiva. Puede ser; pero lo que yo sé es que mi carácter es malo. Pero ¿de dónde viene esto? Si lo supiera, podría corregirme. ¿Cursos

políticos? Sí, asisto a ellos. ¿Qué sea el socialismo? Lo sé; se ha tratado la cuestión. Es que se reparta no según las necesidades, sino según las capacidades. Lo que yo quisiera saber es para qué vivimos propiamente. Ahora vamos al trabajo, volvemos a casa, vamos a reuniones o lo que sea. ¿Y después? ¿A qué todo esto?”

¡Pobre Schura Waldajewa, a la que nadie, según parece, le da a conocer la finalidad del trabajo, la finalidad de su vida misma, el sentido de ésta! ¡Pobre trabajadora de la clase que sea a quien no saben explicarle la finalidad, el sentido de la clase de su trabajo! A sus abuelos les explicaban que el trabajo era un castigo a un cierto pecado original; pero a ella, a esa pobre moza, no aciertan a explicarle qué sea, moralmente, el trabajo. ¡Y cuidado que

se está fraguando una mitología y hasta una mística del trabajo!

En el artículo 48 de nuestra mirífica Constitución de una República democrática de trabajadores de toda clase, artículo que es un monumento de vacuidad y de galimatías pedagógicos—y sabido es que de todas las vacuidades, la más vacua es la pedagógica—, se dice, entre otras cosas, que la “enseñanza será laica, hará del trabajo el eje de su actividad metodológica y se inspirará en ideales de solidaridad humana”. Todo lo cual, bien examinado, no quiere decir nada concreto y claro. ¡Eje de la actividad metodológica! Cualquier pobre hombre sencillo del régimen eterno podría haberse figurado que el trabajo de enseñar y el de aprender a hablar bien, a leer, a escribir, a contar, a conocer las cosas de que se

vive, era suficiente eje de actividad metodológica, aunque aquel pobre hombre sencillo no entendiera qué es eso de la actividad metodológica. En cuanto a lo de laica...

Muchas veces he dicho sobre ello y tendré aún que decir. Lo de laico es un término completamente indefinido, aunque parezca otra cosa. ¿No confesional?, se dirá. Pero el laicismo que aquí se predica es confesional. Ni puede ser de otro modo, pues a una confesión no se la combate sino con otra confesión. ¡Enseñanza neutral! ¿Neutral? Si uno tiene que confiar la crianza de un hijo a una nodriza, ¡trabajo le mando si va a buscar una con leche neutral, esterilizada o pasteurizada! La leche de la nodriza—como la de la madre—lleva el dejo de los humores de ella. Y así, un maestro o maestra cualquiera, si es persona, que tiene sus creencias y sus increencias, su confesión, su visión y su sentimiento del mundo. Ahora, ¡si ha de limitarse a administrar el biberón pedagógico y metodológico...! Que tampoco es neutral.

A la pobre Schura Waldajewa no han logrado darle conciencia de la finalidad del trabajo, y con esto de la finalidad de su vida, aquellos inhumanos pedantes, trabajadores de la actividad metodológica, que recuerdan al inmortal maestro de escuela de la novela de Dickens “Hardtimes”. El de “¡hechos, hechos, hechos!” ¿Materialismo histórico? Sí; cuando revienta un tumor en esta sociedad emponzoñada, lo que sale es materia. Lo que el pueblo no sofisticado llama aquí, en España, materia, esto es, pus. ¿Qué otra cosa sino materia es lo que sale de esos reventones de locura colectiva? Pus y sangraza.

Claro está que todo esto que vengo diciendo aquí—y lo que ha de seguir al mismo hilo, pues hay tela cortada—en mi lector, individual, y yo, a solas, por así decirlo, no lo diría ante un público, y al efecto he renunciado a conferencias públicas, al menos en España. No, no voy a exponerme a que me regüelden interrupciones, ya que no a que me espuerrien materia. Mi actividad metodológica no llega a eso. Harta tristeza le infunde a uno la lectura de esos debates parlamentarios, que también son reventones de locura colectiva. Porque ¿hay quién lea sin pena esos diálogos de cominería, y de “más eres tú”, y de “vosotros lo provocasteis”, y de “¿qué pasaba entonces?”, y lo por el estilo? Disputas de corral. Y a eso habrá quien llame ¡“exigir responsabilidades”! Mas en nada se diferencia de denunciar envenenamientos de fuentes, unturas de morbos o reparto de pastillas.

Del libro *De la vida bienaventurada* de Séneca, dice Barthio:

«ser el más excelente que tenemos después de los de las Sagradas Escrituras, los cuales toca tan inmediatamente que parece haberlos leído».

Cita de Ovejero en la edición de los *Tratados filosóficos de Séneca*, «Biblioteca de Filósofos Españoles». Madrid, 1929.

El joven llorado

— Envío del autor. Bogotá, mayo 30 de 1936 —

Con una página perfecta de Víctor M. Londoño se abre el homenaje que Cornelio Hispano rinde a la memoria de su hijo, Víctor Jorge López, muerto prematuramente. En la portada del libro se halla impresa una reproducción de "El Joven Llorado", una de las estelas fúnebres más bellas de la antigüedad griega. Ese relieve cifra todo el significado del homenaje que Hispano les tributa a los manes de su hijo. Serenidad, recuerdo y profundo dolor sofocado por un gesto de dignidad personal que impide toda explosión desordenada de llanto. Cornelio Hispano, helenista conspicuo, le ha pedido a Grecia su sentido apacible de la muerte para recordar al hijo desaparecido. En el homenaje hay, pues, dolor humano e irreprochable decoro estético.

La memoria de Víctor Jorge López pedía un monumento de este alto linaje intelectual. Joven de apostura gallarda, estudioso y meditativo, vencedor en varios torneos científicos, precozmente inclinado a la investigación, sobresaliente en los deportes, amante de las difíciles excursiones por agua y tierra,

Víctor Jorge entraba en la vida con aire dominador, con paso de predestinado. Habría sido una figura de vigoroso relieve dentro del panorama científico de la república, y un estupendo ejemplar de hombre y de ciudadano. Sus amigos, sus condiscípulos y sus familiares lo supieron desde un principio con evidencia absoluta, pero el país apenas comienza a saberlo ahora, cuánto perdió la república con la muerte de Víctor Jorge López.

Ahora resucita en las páginas del libro que su padre, el exquisito artista de las **Elegías Caucanas**, consagra a su memoria. Aparece Víctor Jorge López nimbado por el prestigio de la **Antología griega**, arrullado de flautas melancólicas, circuido de mármoles ciegos, exactamente como uno de esos manebos de la Hélade a quienes las Parcas arrebataban en la flor de la edad. Está bien el homenaje del padre erudito; pero nosotros, pensando en corazones de mujer a quienes desgarró la muerte de Víctor Jorge, colocamos sobre su tumba una humilde cruz de flores, símbolo de más alcance que la corona de rosas de Meleagro.

Rafael Maya

Cuadro sinóptico

de los principales traductores en castellano de obras griegas, o sea plan de una biblioteca escogida de autores griegos, ver-tidos en lengua castellana.

(y 2.—Viene de la entrega pasada).

- Dn. Juan López:
La Geografía, de Strabon, 1788.
- Dn. Ignacio García Malo:
La Iliada, de Homero, 1788-1827.
- D. Ambrosio Rui Bamba:
La Historia, de Polibio, 1789.
La Economía y las Rentas de Atenas, de Jenofonte, 1786.
- Fray Bernardo Agustín de Zamora o Dn. José Rodríguez de Robles:
Los *Caracteres*, de Teofrasto; fragmentos de Safo y Alfeo; Cebes, traducido por Morales; y Epicteto por el Brocense, 1788.
- García de Arrieta:
El Sublime, de Longino, 1788.
- D. Antonio Ranz Romanillos:
Obras completas, de Isócrates, 1789.
Las *Vidas*, de Plutarco, 1830.
- D. José Ortiz y Sanz:
Vidas, sentencias y opiniones de los filósofos más ilustres, de Diógenes Laercio, 1792.
- D. Casimiro Flórez Canseco:
El Sueño, de Luciano, con la *Tabla de Cebes*, de Simón Abril, 1778.
- Dn. Pedro Estala:
El Edipo rey, de Sófocles, 1793.
El Pluto, de Aristófanes, 1794.
- D. Francisco Herrera Maldonado:
El Cínico, El Gallo, El Filopseudes, El Aqueronte, El Icaro-Menipo, El Toxaris, La Virtud diosa y El Hércules Menipo, de Luciano, 1796.
- D. José Antonio Conde:
Anacreonte, Teócrito, Bion y Mosco, 1796. Tirteo y Safo, 1796.
- D. José y D. Bernabé Canga-Argüelles:
Safo, Erina, Alcman, Estesícoro, Alceo, Simónides, Ibico, Baquilides, Arquiloco, Alfeo, Pratino y Menalípides, 1797.
Las Olímpicas, de Píndaro, 1798.
Los restantes líricos griegos. (?)

- D. Manuel Patricio de Berguizas:
Obras completas, de Píndaro, 1798.
Oraciones, de Demóstenes, San Basilio, San Juan Crisóstomo, etc. (per.)
- D. José Goya y Muniain:
La Poética, de Aristóteles, 1798.
- D. J. T. y G.:
La República, de Platón, 1805.
- D. José Ortiz, presbítero:
Manual de Epicteto, 1816.
- D. Félix Torres Amat:
La Biblia, 1823-25.
- J. F. V. J. D. M.:
Oración por la Corona, de Demóstenes, 1820; Hist. Univ., de Constanzo, t. III.
- D. José Gómez Hermosilla:
La Iliada, de Homero, 1831.

- D. José del Castillo y Ayensa:
Anacreonte, Safo y Tirteo, 1832.
- D. Tomás Santero y D. Ramón Esteban Ferrando:
Obras completas, de Hipócrates, 1842-44.
- P. Bartolomé Pou:
La Historia, de Herodoto, 1846.
- D. Antonio Gironella:
La Odisea, de Homero, 1851.
- D. Miguel Cortés:
Las guerras ibéricas, o libro VI de la *Historia*, de Apiano, 1852.
- D. Salvador Constanzo:
Un *Discurso*, de Pericles, tomado de Tucídides; el *Periplo*, de Hanon; extractos de las *Nubes*, de Aristófanes; un *Discurso*, de Jenofonte, tomado de la *Anabasis*, otro de Ciro, de la misma; Versos áureos; de Pitágoras; las *Siracusanas*, de Teócrito; Himno, de Cleanthes; el Misopogon y la sátira *De los Césares*, de Juliano; la *Tabla de Cebes*, algunos trozos de Posidonio, etc.
Historia Universal, 1853-60.
- D. Genaro Alenda:
Versos áureos, de Pitágoras; las *Siracusanas*, de Teócrito, y pasajes de la *Hécuba*, de Eurípides. *Revista de Instrucción*, 1858.

Anónimos:

La *Zampona* y la *Segur*, de Simio; extractos de *Prometeo, Agamenón, Coéfaras, Euménides y persas*, de Esquilo; de los *Edipos, Antígona y Filoctetes*, de Sófocles, de Luciano, de Juliano, de Dion Crisóstomo, de santos padres, etc., etc.
Edición castellana de la *Historia Universal*, de Cantú, por D. Nemesio Fernández Cuesta, 1854-66.

- D. Juan Valera:
Algunas *Poesías* del príncipe de Ipsilante y de anónimos. *Literatura griega*, de Constanzo, 1860.
- D. Antonio González Garbin:
Una *Oda*, de Erina, 1867.
La *Apología de Sócrates*, de Jenofonte.
- D. Eduardo de Mier:
Hécuba, Hipólito, Fenicias, Orestes, Alcestes, Medea, Troyanas, Hércules furioso y Electra, de Eurípides, 1865.
Las *Fábulas* de Esopo, 1871-72.
- D. Arcadio Roda:
Oraciones escogidas, de Demóstenes, 1872.
- D. Patricio de Azcárate:
Obras completas, de Platón, y *Obras filosóficas*, de Aristóteles, 1871-75.

(Hecho por JULIAN APRAIZ. Sacado de las páginas 382 a 387, del Tomo XLVII de la *Revista de España*, Madrid. Edición del 13 de diciembre de 1875.)

JOHN M. KEITH & Co., S. A.

SAN JOSE, COSTA RICA

AGENTES Y REPRESENTANTES DE CASAS EXTRANJERAS

Cajas Registradoras NATIONAL (The National Cash Register Co.)
Máquinas de escribir ROYAL (Royal Typewriter Co., Inc.)
Muebles de acero y equipo para oficinas (Globe Wernicke Co.)
Implementos de goma (United States Rubber Co.)
Máquinas de contabilidad MONROE
Refrigeradoras Eléctricas GRUNOW
Plantas eléctricas portátiles ONAN
Frasquería en general (Owens Illinois Glass Company).
Conservas DEL MONTE (California Packing Corporation).
Equipos KARC EX (Remington Rand International).
Maquinaria en General (James M. Montley, New York), Etc., Etc.

JOHN M. KEITH,
SOCIO GERENTE.

RAMON RAMIREZ, A.
SOCIO GERENTE.

El testamento de Enrique José Varona

Alrededor de un artículo de Pedro Henríquez Ureña

Por ALBERTO ARREDONDO

Envío del autor. Habana, junio 22 de 1936 =

Pedro Henríquez Ureña acaba de publicar en "La Nación" de Buenos Aires, una síntesis biográfica de Enrique José Varona, que **Repertorio Americano** ha ofrecido a sus lectores de Indoamérica en el número de 14 de mayo de 1936,—llegado hace poco a la Habana.

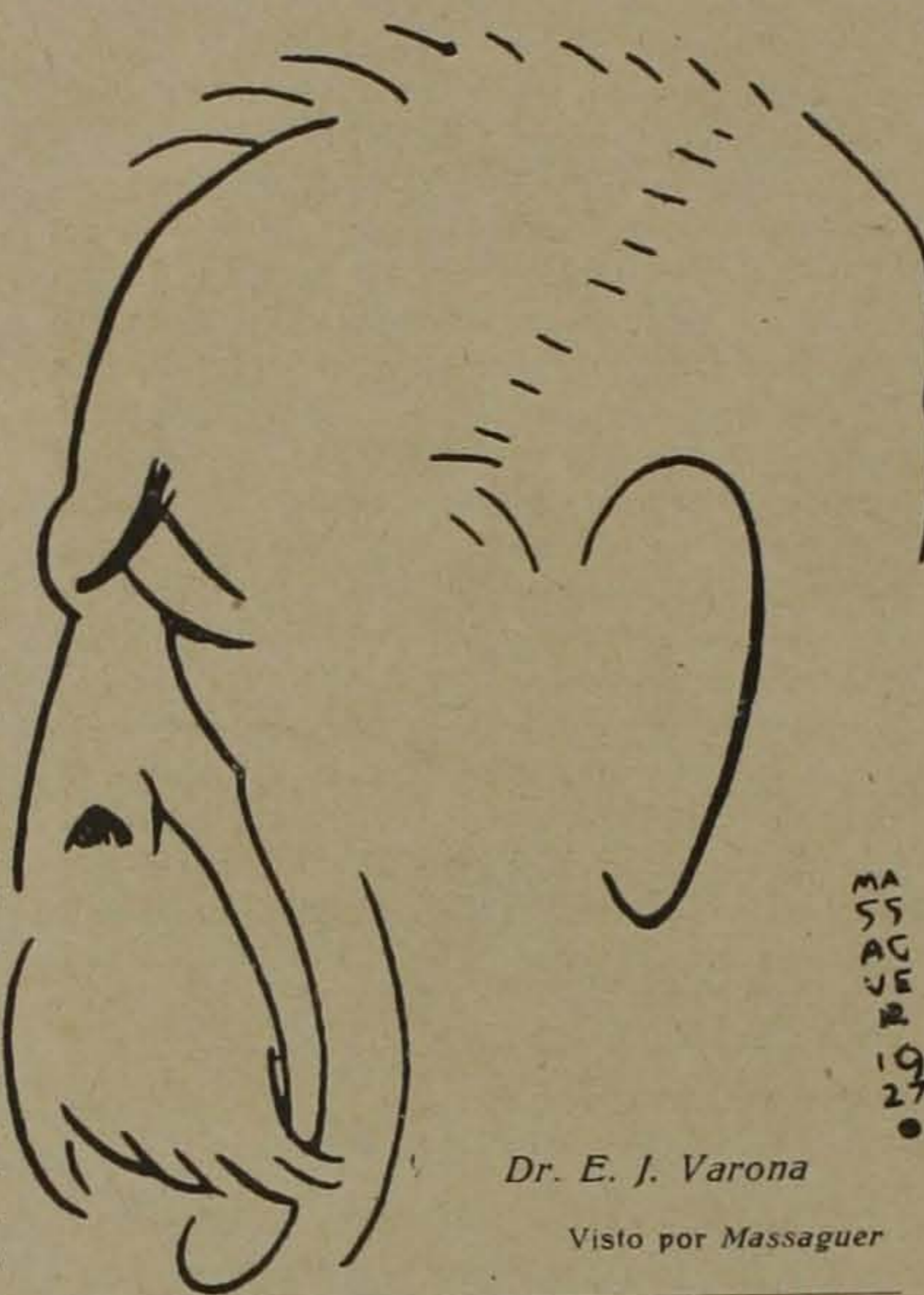
Señalemos, ante todo, que siempre nos congratulan los juicios documentados sobre personalidades indoamericanas. Lo es el de Henríquez Ureña y, además, rinde admirable tributo de justicia al "maestro de Cuba". Queremos, tan sólo, responder a una pregunta que abre brecha por todo el artículo a que nos referimos. Y es ésta: ¿Cómo murió Varona? O más propiamente: ¿Cuál fué el postrer aliento ideológico de Varona?

Sabemos que toda la obra de este filósofo cubano —autodidacta, individualista, escéptico, pero hombre pleno de cubanidad— es una formidable contribución a la cultura nacional en su triple ordenación económica, política y social. Fué—como dice Henríquez Ureña—"uno de esos hombres singulares que produce la América y que en medio de nuestra pobreza espiritual, se echan a las espaldas la tarea de tres o cuatro". Pero no sabemos nada de sus últimos instantes, cuando cargando la tarea de tres o cuatro hombres y la obra de ochenta y cuatro años, "eligió para morir —según Henríquez Ureña— el momento grave entre todos en la vida de su patria".

Acaso Henríquez Ureña, ausente de Cuba desde hace bastante tiempo y víctima de la tendencia informativa de las agencias periodísticas, no haya leído lo que hoy se conoce en nuestra República como "el testamento político de Varona". De otro modo resultaría difícil explicar su silencio en cuanto a los pasos finales del filósofo.

Grave, no lo negamos, fué el momento en que las leyes naturales dictaron el decreto de muerte contra Varona. Pero, si en sus manos hubiera estado la firma de esa disposición —Varona no se hubiera "ido de la vida en uno de los momentos agudos de la agonía antillana". Porque lejos de estar "rendido bajo la pesadumbre momentánea del desastre", estaba despierto y avizor, dictándole rumbos al pensamiento y pautas a la acción de toda una juventud que le llamaba "maestro y mentor".

Fué ese Varona —viejo y casi decrepito para muchos—el que dió una "voz de orden" que simboliza en nuestra Historia la bandera del movimiento más viril, enérgico y justo que se haya gestado en Cuba. Si la tiranía machadista cayó por las contradicciones del imperialismo norteamericano, por la oposición interesada de los grupos políticos de Cuba y por la insostenible situación económica del país que dictaba posturas de rebeldía a los más pacíficos y acomodaticios habitantes de la Isla, no olvidemos que fué Varona quien hizo acelerar el proceso. El impulsó a la juventud al camino de la lucha revolucionaria y logró que del "pepillito", del "envaselinado", del "estudiante calavera", del "pichón reaccionario" surgieran hombres de decoro que hoy están en el cementerio,



Dr. E. J. Varona

Visto por Massaguer

en la cárcel, en el exilio o dándole el pecho, abiertamente, a la situación imperante en Cuba. Pero en aquel instante de cruenta actividad contra la tiranía, formaban la heroica vanguardia estudiantil, a cuyo "sangre y fuego" —declaración principista de insurgencia, intransigente si se quiere, pero gloriosa—el 12 de agosto de 1933 viniera al suelo uno de los más sangrientos gobiernos de Indoamérica.

Este mismo Varona es quien ya en 1905 avizoraba el peligro imperialista y reclamaba diques de resistencia para salvar a la joven nacionalidad cubana. Y quien en 1932 vislumbra la resolución de nuestros problemas por medio de una táctica realista de ac-

Cuenta Tito Livio en el Lib. II de su *Historia Romana*:

P. Valerio, a quien todos reconocían como el primero en guerra y en paz, murió al año siguiente, bajo el consulado de Agripa Menenio y P. Portuncio, cubierto de gloria, pero dejando tan escaso caudal que no pudo cubrir los gastos de los funerales. Celebráronse éstos a expensas del erario, y las señoras romanas llevaron luto por él como por Bruto.

A este pasaje alude Ruskin en el Prefacio (mayo de 1862) de sus famosos ensayos *Unto this last*, cuando escribe:

To which statement, I will only add, for conclusion, respecting the discipline and pay of life and death, that, for both high and low, Livy's last words touching Valerius Publicola, "*de publico est elatus*" (a expensas del erario), ought not to be a dishonourable close of epitaph.

ción continental. Su muerte, acaecida poco después, no es la "elección"—como dice Henríquez Ureña—del hombre que escapa de la vida en el momento grave. Es la máquina que acaba su jornada a despecho de la voluntad humana que quiere seguirla utilizando. Orquestado con la evolución mundial, sintonizando siempre las nuevas ideas y las nuevas necesidades de la Humanidad, conocedor profundo de los problemas isleños, Varona no hubiera hurtado su colaboración en el instante grave de clarear soluciones para las dificultades internas de la colectividad. Sus palabras lo ratifican: "No presumo de señalar derroteros,—dice—. Señalo un hecho de gravedad suma, y sostengo que la aspiración que nos mueve es la de buscar nuevas vías para realizar más por completo la vida colectiva. Haya de la Torre, y esto es lo que realza su posición de innovador, nos muestra la que debe seguir nuestra América. Que su lección de vidente no se pierda, este es y debe ser el anhelo de los que la aman". Y el "maestro de Cuba" sabía consagrarse a sus anhelos.

El desastre—que ve Henríquez Ureña en la convulsión social cubana—no rinde a Varona. Buceador materialista en la marejada política de los pueblos—ahí están sus ensayos "De la Colonia a la República" y el "Fracaso Colonial de España"—sabía muy bien que habíamos "llegado a una encrucijada en que vamos, o nos empujan, hacia otros muy distintos planos de vida colectiva" y que "ciego será, voluntaria o involuntariamente, quien no vea que nuestra civilización está en crisis." El llamado "desastre" no era para Varona nada más que el parto de un nuevo régimen. Si algo le rinden, son sus 84 años de dura brega intelectual.

Cuando nos abandona, está tranquilo, sereno. Sabe que su vieja máquina tiene reemplazo eficaz por pujantes máquinas nuevas, a cuya construcción él contribuyera eficazmente. Su última manufactura —la orientación aprista— es suficiente. "Fuera infantil —dícese en el prólogo del libro "El Imperialismo a la luz de la Sociología", homenaje a Varona— pedirle otra posición. Superó a su generación señalando la vía del aprismo, como la única capaz de salvar a América Latina. Y esto basta. Lo demás, la actitud beligerante, la organización de las fuerzas nuevas, y la construcción del nuevo orden, corresponde a la generación actual de trabajadores manuales e intelectuales. Y en eso estamos.

Con esto creemos responder a la pregunta que provoca Pedro Henríquez Ureña: ¿Cómo murió Varona? ¡En su puesto! ¡Siempre a la vanguardia!

Luis Alberto Arredondo es un joven intelectual cubano; ex-Director del Instituto del Aire «José Martí», Director de la Revista «Rumbos Nuevos», miembro dirigente del «Instituto de Estudios Enrique José Varona», destacado líder del Partido Aprista Cubano; autor del libro próximo a publicarse en Chile: «Cuba, Imperialismo y Revolución»; autor de «Cartilla Aprista», «El negro y la nacionalidad», y «Aprismo y Minería», es uno de los valores jóvenes del movimiento revolucionario cubano.

Esfuerzos ejemplares

Las traducciones de María Rosa Lida

= Envío de P. Henríquez Ureña. Buenos Aires, julio de 1936 =

Dulce et decorum est pro patria mori

(Del griego).

Bien me parece que debe de ser hermoso morir en la guerra, porque el muerto en la guerra recibe magnífica sepultura aunque sea pobre, y así sea un miserable, le dedican panegíricos pronunciados por sabios oradores que no elogian desatentadamente, sino que de muy atrás han ido preparando sus razones, de tal suerte que aunque digan lo que no hace al caso ni viene al tema, con sólo las palabras lo aderezan de tan bella manera que nos son- sacan el alma. Pues cuando ensalzan la patria por todas las vías que pueden discurrirse, alabando a los muertos en la guerra, a nuestros antepasados de los tiempos idos y a los que vivimos en los tiempos que corren, a fe mía, Menéxeno, que me siento lleno de nobleza con tanta alabanza. No hay vez que esté escuchando, embelesado, que no acabe por transformarme, pues me parece que de repente me he hecho más alto, más noble y más hermoso. A los forasteros que suelen andar conmigo y van a acompañarme, de golpe les parezco más imponente; y lo mismo que conmigo les pasa con la ciudad, porque, persuadidos por el orador, descubren en ella nuevas maravillas. A mí el aire imponente me dura más de tres días; tanto penetra en el oído el eco de la sonora palabra del orador, que apenas al tercer o cuarto día recuerdo quién soy y dónde me hallo: lo único que me falta es creerme en las Islas de los Bienaventurados.

Platón, *Menéxeno*.

Vida y muerte de Homero

Homero el sapientísimo, mar de literatura, sólo que mar de néctar, no de salobres aguas, dicen que siete patrias tuvo, aunque discutidas, de siete padres vástago, no menos discutidos. Mas tú aprende que Homero fué natural de Esmirna, como que de Criteida y del Meles nacido. No contaré las fábulas sobre su nacimiento. Advierte que Pronápidos fué el maestro de Homero, y Eurídice era el nombre de su cónyuge, hija de Gnóstor o de Pástor, ciudadano de Cime. Serifón y Teolao fueron hijos de Homero, y Arsífone, su hija, con quien casó Stasino, Stasino que compuso los poemas de Cipris que los más aseguran son cosecha de Homero, quien con bienes, cual dote, los entregó a Stasino. Arctino de Mileto de Homero fué discípulo; el siervo del poeta tuvo Bicón por nombre, y Juan Tzetzes, en broma, le llama odre y barrica. Los poemas de Homero son no menos de trece. Presenció nuestro vate las dos expediciones (las de Tebas y Troya), según la mayoría. Apolodoro, empero, el cronista, asegura que murió a ochenta años de la guerra de Troya. Hesíodo, en cambio, según otros autores, floreció cabalmente en la olimpiada oncenaria. La muerte del poeta sucedió como sigue:



Safo

(Concebida por un artista del siglo XIX)

le predijeron iba a morir cuando le fuese propuesto cierto enigma que acertar no pudiera.

Hallándose indigente y ciego por los años —pues sus chocheos míticos ¿qué cuerdo escribiría?—

vagaba recorriendo las tierras de la Grecia, recitando sus versos, siempre bien acogido. Teníalo de huésped Creófilo en Arcadia, se fué a dar un paseo por la playa del mar y dijo: "Pescadores de Arcadia, ¿hallamos algo?"

Ellos le respondieron aludiendo a sus piojos: "Lo hallado no tenemos, pero sí lo no hallado".

Se volvió pesaroso por no haber comprendido; resbalando en el lodo cae contra una piedra, se rompe las costillas y muere a los tres días.

Juan Tzetzes, *Las Quilíades*, XIII, versos 626 y ss. (Siglo XII)

Safo

Lo poco que poseemos de Safo y la preciosa adición que nos conservó Egipto bastan para rectificar la imagen que ya la antigüedad decadente se había formado de ella: no hay que exigir que Ovidio la estimara, y es muy comprensible que los bizantinos—por lo demás, apenas en el siglo VII—dejaran perder su obra. Las canciones pura y exclusivamente femeninas no eran apropiadas para los simposios en que se cantaban los versos de Alceo y de Anacreonte; no se prestan a ser imitadas ni siquiera por Horacio; tampoco podían utilizarse para la instrucción de la juventud; luego, lo que las conservó fué sólo su belleza, la belleza que todavía hoy ennoblece cada menudo fragmento y nos da el derecho de reconocer en Safo, como lo hizo Platón, la décima Musa, un ser supraterráneo. La armonía de esos versos, que presentan

una riqueza de formas mucho mayor que la que hallamos en Alceo, la sencillez y justeza de la expresión, apenas turbada por el dialecto lesbico, la rica escala de tonos, desde la chanza burlona sobre los grandes pies del acompañante del novio y desde la malicia de colegiala hasta el estremecimiento de la pasión y el sollozo reprimido de la soledad, desde la exaltación del lamento adónico hasta la paz tranquila de la noche de luna y la languidez de la siesta meridional,—toda esta lírica verdaderamente goethiana eleva a Safo por sobre sus rivales masculinos; sólo Arquíloco quizá fué, en su género, tan grande como ella. En lengua griega solamente se le puede comprar (fuera de la prosa de Platón) uno que otro pasaje de la poesía coral ática y algún epigrama de los comienzos de la época helenística; en el resto del mundo, en general, es muy poco lo equiparable.

Pero no es esto lo esencial. Lo esencial es la mujer que detrás y por encima de ese aroma y de ese resplandor, alza su cabeza pura, tan alta y tan pura que la vulgaridad humana nunca se cansa de arrojarle su propia inmundicia: ¿no estamos acostumbrados a que los hombres insulten lo que no entienden? Safo, procedente de una noble familia de Ereso (cuyos descendientes ocuparon altos cargos en el ejército de Alejandro), casó en Mitilene, permaneció desterrada algún tiempo por las revoluciones y se halló después a la cabeza de una asociación femenina que servía a Afrodita, la diosa de las mujeres; de Mileto y de islas lejanas concurrían las niñas a aprender su labor, la labor de las Musas. Cuando regresaban contraían matrimonio; Safo habla de una que se había casado en Lidia, es decir, con un asiático helenizado. Si no resultaba excesivo el aire moderno, podríamos hablar de un pensionado para señoritas; Alemán y Corina prueban que también en otras partes existió algo parecido. En Atenas, a decir verdad, era imposible, y lo mismo en Mileto; y no por cierto para dicha del mundo femenino de esas ciudades. Las alumnas de Safo cogían flores, bailaban coros y entonaban canciones en honor de las diosas. Ella les enseñaba a cantar y componer cantos de sociedad para su círculo, análogos a la lírica de sociedad, masculina, de Alceo. También les hacía las canciones para las festividades de sus dioses, y para la festividad de ellas: sus bodas. Todo esto es poesía de circunstancia, y cuando se trata de una mujer que compone para ocasiones que sólo atañen a las mujeres, su alcance es muy restringido. Ya es excepcional que tal poesía de circunstancia se ennoblezca, gracias a su forma, hasta poseer significado eterno; pero es que aquí viene a sumarse algo más alto: el alma de Safo que alienta en estos versos.

Aunque se entrega ingenua y sin velos, es fácil que el lector moderno la entienda equivocadamente si no sabe cómo debía sentir y cómo podía expresarse el alma de esos tiempos, condicionada por sus costumbres y prejuicios. Entre hombre y mujer sólo se conocía el amor físico; sobre tal base podía florecer (y florecía con bastante frecuencia) una relación de cordial confianza que los griegos llamaban entonces "amistad". En cambio, el vuelo de alma a alma se daba única-

mente en el trato de personas de un mismo sexo... En los versos de Safo, en que la mujer "pura, de dulce risa", como la llama Alceo, la altiva oficiante de la diosa, maestra y educadora, habla a sus alumnas cuyas almas había despertado ella misma a la vida del espíritu, en que todo pensamiento innoble no sólo es blasfemia sino estupidez, la lengua del sentimiento amoroso, cálido y anhelante, obra como un són de otro mundo, pero no de un mundo terrenal. Safo, con todo, no se cierne en las alturas etéreas de la especulación, ni tampoco se procura un portavoz místico para sus emociones (si así fuera, el Caimedes de Goethe tendría verdadera modalidad sáfica); auténticamente femenina, se atiene a la persona que, sin embargo, apenas significa más para ella que Ganimedes para Goethe. Un hombre no debe atreverse de ninguna manera a quererlo entender del todo; enmudece y escucha con recogimiento la revelación de una feminidad que es divina por ser toda naturaleza...

Existe, a buen seguro, la artista famosa y envejecida que con su gloria y su ardor cautiva por un momento a un hermoso joven y, en su vanidad enfermiza, no soporta más la vida cuando una cara bonita la suplanta; es una silueta de la vida real. Pero no por eso es Safo. En cambio, el motivo legendario que encuadrado en ese relato se dirige al vulgo comprendió perfectamente la esencia de Safo. Porque Faón, su amado (propiamente un ser sobrenatural, quizá la estrella de la mañana), no sólo ha sido dotado por Afrodita de irresistible belleza sino también de insensibilidad a todo amor. Por eso el amor a Faón quiere decir el tormento del anhelo eternamente insatisfecho; y el salto desde la peña léucade (que no se hallaba en Leucas, Santa Maura, sino en el camino al Hades, localizado principalmente en el Helesponto), no significa hallar la muerte, sino la liberación de las torturas del alma que los dioses infligen a sus privilegiados porque al mismo tiempo les han otorgado el don de expresar lo que sufren. La poesía eólica debió marchitarse después de dar esta flor última e incomparable.

Ulrich von Wilamowitz-Moellendorff: *La literatura griega de la antigüedad.*

Oh señor, no lo dudéis: la pesca es un arte. ¿No es un arte engañar a una trucha con una mosca artificial? ¿a una trucha que tiene la vista más aguda que un halcón? No lo dudéis, señor, la pesca es un arte, y un arte digna de vuestro aprendizaje: el problema está, más bien, en saber si sois capaz de aprenderla. Porque la pesca, en cierto modo, es como la poesía: los hombres deben nacer así, quiero decir, con inclinaciones a ella, aunque ambas pueden mejorar con discurso y ejercicio; pero el que espera ser un buen pescador no debe aportar solamente ingenio inquisitivo, sagaz y observador; ha de traer también buena medida de esperanza y paciencia, y amor y propensión al arte misma; pero una vez que la haya adquirido y practicado, no dudéis que la pesca le resultará entonces tan grata que, como la virtud, se convertirá en su propia recompensa.

Y primeramente, tanta maravilla refieren y escriben acerca de los ríos y de las diversas criaturas que se crían y viven en ellos ciertos autores de muy buen crédito, que no hay por qué negarles fe histórica.

Como por ejemplo, cuentan de un río del

Epiro que apaga cualquier antorcha encendida y enciende cualquier antorcha que no estaba prendida. Algunas aguas causan locura al que las bebe, otras embriaguez y otras risa mortal. El río Selaro convierte en piedra en pocas horas un palo o vara, y Cambden dice que lo mismo pasa en Inglaterra y en Lochmere, Irlanda. Hay también un río en Arabia, tal, que a todas las ovejas que beben de él, se les vuelve la lana de color bermellón. Y un varón no menos fidedigno que Aristóteles habla de un río alegre (el río Elusina) que danza al son de la música, porque con música burbujea, baila y se hace arenoso, y así continúa hasta que la música cesa, y entonces vuelve inmediatamente a su acostumbrada calma y claridad. Y Cambden habla de un pozo cerca de Kerby, en Westmoreland, que crece y decrece varias veces al día, y habla de un río de Surry (se llama Mole), al que luego de correr varias millas le salen al paso unas colinas, y entonces encuentra o abre por sí mismo un camino bajo tierra y vuelve a brotar tan lejos, que los habitantes de esos lugares se jactan de apa-centar varios rebaños de ovejas sobre un puente. Y por último (pues no quisiera fatigar vuestra paciencia), un hombre de no menor autoridad que Josefo, el docto judío, nos cuenta que hay en Judea un río que corre velozmente seis días a la semana y se para y descansa todo el sábado.

Isaac Walton: *The Compleat Angler* (Manual del perfecto pescador), 1653.

La arrogancia, la ilusión más difícil de vencer, la ilusión fatal, es creer que tenemos tí-

tulos para el primer lugar, hasta que descubrimos en nuestra propia conciencia algo que nos trasciende. Así levantamos ídolos—nuestra patria, nuestro credo, nuestra amada, lo que fuere—y vertemos todos nuestros bienes espirituales en el regazo del ídolo. Llamamos a tal proceder humildad o amor—Turgueniev lo llamaría abnegación. Salvo los dioses que creamos de nuestra experiencia o nuestros sueños, no nos arrodillaremos ante nada. Pero el verdadero santo y el verdadero filósofo es el que puede arrodillarse sin imagen, porque se ve a sí mismo en segundo lugar absolutamente, y porque arrodillarse es para él una necesidad íntima. La fatalidad no llega a tal hombre o, mejor dicho, aunque despedace su espíritu y su cuerpo, no puede afectarle.

El mundo está tan pobre que necesita sus antiguos tesoros de espíritu. Ha formado el hábito de pensar en grupos, clases, masas y la civilización sucumbe bajo el peso de este error. Es un error, porque las masas son contrarias a la naturaleza: no nacen, no mueren, no tienen inmortalidad; la poesía de la experiencia humana no las toca. Nacimiento y muerte son solitarios, pensamiento y crecimiento son solitarios; toda realidad final de la vida del hombre es suya sola, incomunicable; así que deja de estar solo, se aleja de las realidades. Y cuanto más se identifica con los otros, tanto más se aleja de la verdad.

Charles Morgan: *La fuente* (novela). Londres, 1932.

Canción del tranquilo morir

= Envío del autor. Quito, Ecuador. Junio de 1936 =

«Que consiento en mi morir...»

JORGE MANRIQUE

Mansas sombras dormidas sobre mi corazón
anochecido.

Vas llegando, mi paz.

Vas llegando a mi cuerpo, ya extenuado.

Vas muriendo, mi decaída, mi tenue luz nublada.

Vas muriendo, mi luz.

El corazón tranquilo va aquietando
su alocado latir. Soledad, revuelta soledad,
a tu campo turbado va llegando mi paz.

Tus manos. Tus labios. Tu dulce cuerpo mío.
Toda tu vida tuya, tan mía, ya perdida
en mi tranquila sombra, ya inundada de paz.
Larga mirada, larga. Hoy que mi corazón
va aquietando su paso. Hoy, ya nublada mi
luz,

Tus labios, en mi vida, dándome el agua
clara

de tu último dolor.

Tu mirada, en mis ojos, recogiendo
mi última luz.

Mi luz —ya amortecida— y la luz tuya, confundidas,

aquí, en medio de mi sombra.

«Que te sea la tierra liviana», quieren tus
labios dulces.

Mi cuerpo, ya extenuado,

va encontrando, por fin, su tranquilo morir.

Tu guerra, tu batalla, vencida ya por esta
mi eterna, mi tranquila, mi única paz.

Apagada mi voz, voy cerrando mi pecho
donde tú—la que vive, la eterna, la viviente—
dulce, clara, tranquila, has llenado mi vida.

Vuelvo hacia ti, mi tierra.

Vuelvo, a fundir mi cuerpo con tu cuerpo,
a fundir mis pupilas en las claras corrientes
de tus aguas.

Vuelvo hacia ti en comunión perfecta.

Fuera, fuera de ti, nunca he vivido,
pero hoy a unirme vuelvo, a reclinar mi frente
en tus brazos oscuros, en comunión perfecta.
Vuelvo hacia ti, mi tierra.

A renacer en ti, eternamente. A renacer
en ti,

en mi eterno morir,

Hay una cruz callada frente a mis ojos fríos.
Llega, llega mi paz. «Que te sea la tierra liviana»,

dicen tus labios míos. Vuelvo hacia ti, mi
tierra.

Pesa sobre mis ojos

tu viejo polvo oscuro, madurado en los siglos.
Aquí, aquí está mi garganta
presta a volverse polvo. Presta a volverse
polvo mi palabra.

Vuelvo, extenuado, a ti, tierra, mi tierra,
lleno de voluntad hacia tu polvo.

Clara y pura, tu luz

llenando está mi última mirada.

Alejandro Carrión

Alto en el Pedernoso

Don Quijote

Por AZORIN

= De Ahora. Madrid =

En marcha hacia el claro Levante. Y hagamos un alto en el Pedernoso. Cuando se sale de Madrid con dirección a Levante, pasado Aranjuez, se encuentra Ocaña. En Ocaña se bifurca la carretera. El ramal de la derecha conduce a Andalucía. El de la izquierda se dirige a Valencia, Alicante y Murcia. Después de Quintanar de la Orden nos encontramos en el Pedernoso. Nos dice Madoz que el Pedernoso se halla edificado "en terreno llano y sobre una cantera de pedernal". El término es abundante en plantas útiles y en granos. Se halla enclavado en la provincia de Cuenca y dentro del partido judicial de Belmonte. En Belmonte nació fray Luis de León. Pertenece el Pedernoso a la Audiencia territorial de Albacete. En el Pedernoso hacían cambio de tiros las antiguas diligencias. El revezo se efectuaba en esta posada en que acabamos de entrar. La posada se llamaba "Nueva" a principios del siglo XIX. Su patio es ancho. Ha entrado lentamente en su ámbito un magnífico automóvil. Viene, tras largo rodaje, del país de Francia. Donde antes marcaban sus huellas debiles las diligencias, han marcado sus debiles huellas los neumáticos del automóvil. Del coche han descendido un caballero francés y su secretario. El caballero se llama Paul Lelong, y el secretario, Roberto Durand. Todo ha sido mostrado en la posada detenidamente a estos dos viajeros. Durand trae debajo del brazo una abultada cartera. Con los viajeros franceses se han congregado en el mesón, por acaso, otros viajeros españoles. Nada podría decir la cortesía, el porte señorial y la reposada palabra de Paul Lelong. Su secretario escucha y asiente. A veces, sin embargo, muestra con un ligero gesto, apenas visible, su discreto disonimiento.

Paul Lelong manifiesta vivo interés por esta posada. La posada es bonita. Desde el patio, una puertecita franquea el comedor. El patio tiene amplio techado, bajo el cual se resguardan de la lluvia y el sol los carruajes. En un ángulo reposa rotunda y tobosina tinaja. No sirve ya para los líquidos. No se guardan en ella, desde hace tiempo, ni el rico Yepes ni el exquisito Ocaña. Un arbusto, florido en primavera, surge de su angosta boca. Otra puerta, desde el mismo patio, conduce a la cocina. Allá, a la derecha, al final, se ven los muros negros del hogar. De arriba, por la ancha campana de la chimenea, desciende una viva claridad. En los altos están los cuartos de los huéspedes. En un corredor blanco se abren las puertas. Tienen las paredes un zócalo de intenso azul. Separa lo blanco de la cal y lo azul del añil una rayita negra. Todo es limpieza y orden en la casa. La luz penetra en el pasillo por una ventana enrejada. Si nos asomamos a ella, contemplaremos el paisaje manchego. La verdadera Mancha es la Mancha abocada a Levante. En el Pedernoso se da el punto inicial de la más clara Mancha. Paul Lelong y su secretario vienen a España a visitar los lugares quijotescos. Estarán en Argamasilla, en el Toboso, en Ruidera, en Puerto Lápice, en Sierra Morena. El Pedernoso les ofrece la más bella posada española. Su sencillez,

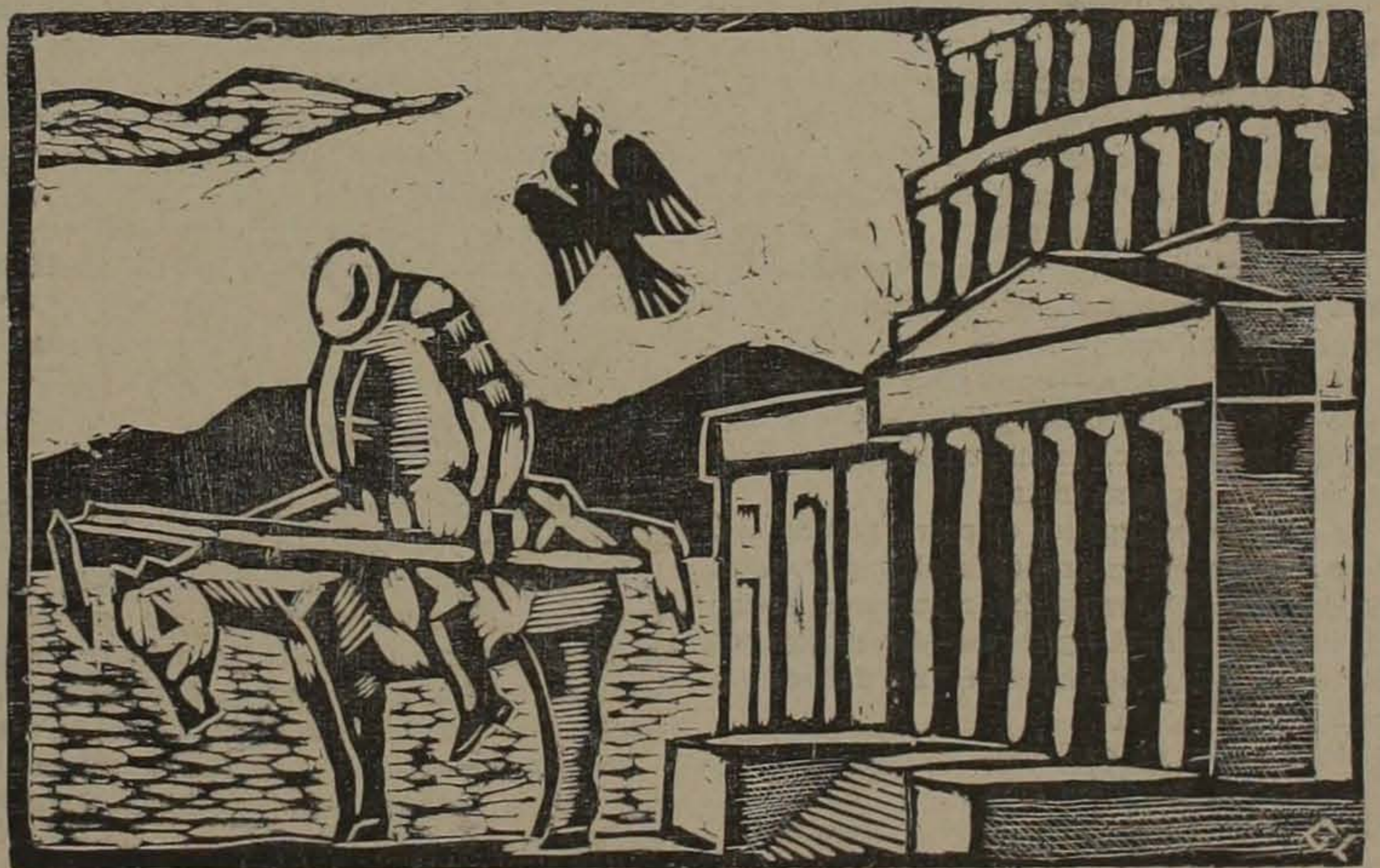
su limpieza y su vivo concierto de colores—blanco, azul y negro—les prometen vivas sensaciones de arte. En la penumbrosa cocina, los ojos del caballero no pueden apartarse del fúlgido y sedante resplandor que, en paredes foscas, tapizadas de hollín, baja del clarísimo cielo de la Mancha.

Ha llegado la hora de comer. En la venta cada cual se dispone al transitorio yantar según sus posibles. Pero Paul Lelong, caballero, ha convidado a todos. España es acogedora, y Francia es cordial. La venta toda está en silencio. La paz más dulce reina entre los congregados dentro de estos muros históricos. Podrá ser éste un momento del siglo XX, siglo con automóviles, y podrá ser otro momento del siglo XIX, con sus diligencias. Los artefactos son diferentes. Lo positivo es el perfecto acuerdo tácito que une los corazones. La merienda que Paul Lelong trae en la arqueta de su coche magnífico es suculenta. Puesta sobre la mesa de blanco

del amor! Pero la Arcadia verdadera no está detrás de nosotros, en los siglos pretéritos, sino en lo por venir. Europa está enferma. La estremecen convulsiones profundas. Adolece de irritaciones inmotivadas. Se ha perdido la ecuanimidad y se marcha velozmente hacia lo inesperado. Lo inesperado—que todo el mundo espera—es la conflagración. La lucha del hombre contra el hombre constituye ya la regla unánime. No desesperemos por esto, señores. No apoquemos nuestros ánimos. No nos rindamos al pesimismo. En los mismos hechos luctuosos que presenciamos debemos inspirar nuestra fe. La humanidad sabe dónde va. Seamos finalistas, sí, finalistas de la concordia. Pongamos nuestro pensamiento en la Arcadia futura. Al igual que el hombre ha vencido otros mayores obstáculos, desde la caverna a la tierra labrada, desde la vida nómada a la vida urbana, desde el esclavo hasta el ciudadano libre, así vencerá otras etapas que quedan por vencer. ¡Bebamos, señores, por la paz y el trabajo! ¡Bebamos por el ideal de fraternidad universal que se realizará sobre la tierra!

Y todos han levantado sus vasos y han bebido.

Jean Cassou es uno de los ingenios más finos y cultivados de la Francia literaria ac-



Del buen suceso que el valeroso Don Quijote tuvo en la espantable y jamás imaginada aventura del Capitolio.

Madera de Laporte

y lavado pino, todos van participando de sus exquisiteces. La conversación se desliza amable. Un buen Burdeos parece pedir, en correspondencia cordial de nación a nación, la réplica de un claro y fresco Valdepeñas. El Valdepeñas es traído por manos amistosas. Después de apurar un buen vaso, pasada la lengua por los labios, Paul Lelong se ha levantado lentamente. Estamos en los postres de la comida. Hay a veces en las casas manchegas, colgado en el zaguán, un manojito de las espigas mayores y mejor granadas del año. Paul Lelong ha cogido uno de estos manojos que en el muro pendía y con él en la mano se ha tornado a su sitio. Todos le miran con expectación. Y el andante francés, sonriente, con las espigas en la diestra, ha dicho:

—Estas espigas, señores, son símbolo de la abundancia en la paz. ¡Dichosos los tiempos en que la humanidad era regida por la ley

tual. Rinde simpático culto a España. La Academia Española, en su última sesión de la primavera, le ha nombrado correspondiente suyo en la gran República. Jean Cassou ha restaurado viejas traducciones francesas del "Quijote" y ha hecho con todas un texto primoroso. Discretas notas lleva también la moderna edición. Comprensivo prólogo sirve de pórtico. La edición es maravilla de tipografía. ¡Si tuviéramos en España un "Quijote" así! ¡Si tuviéramos un "Quijote" en un solo y ligero tomo, llevadero en el bolsillo! El análogo de Maucci no le llega a éste. En un volumen se han publicado todas las obras de Cervantes. Se le ha olvidado al colector el índice del "Quijote". Bien es verdad que también queda olvidado el índice del "Persiles". Jean Cassou y el editor de esta maravillosa colección de "La Pleiade" prestan un magnífico servicio a las letras humanas.

¿Y qué influencia ha tenido en Francia

la obra capital de Cervantes? Repasamos "in mente" la literatura francesa y no lo apercebimos con claridad. ¿No lo apercebimos? Existe un libro francés escrito por el literato más personal del siglo xviii. En ese libro, un taballero y su criado divagan por los caminos. Toda la obra consiste en el diálogo que amo y criado mantienen. Nuestro Quijote es una víctima de la fatalidad. Y Santiago, el personaje de Diderot, es un fatalista. Diderot nombra en su obra "Santiago el fatalista" al inglés Sterne. Los críticos, a propósito de esta obra, nombran también a Sterne. Pero presumimos que lo subconsciente de Diderot iba por otro camino. Decía el maestro Montaigne: "La memoire nous presente, non pas ce que nous choisissons, mais ce qui lui plait". La memoria no representa a Diderot lo que él había escogido, sino lo que le placía a la misma memoria. Lo que le placía a la memoria, en este caso, era

el "Quijote". Don Quijote y Sancho son nombrados en el libro de Diderot. El caballero y su criado, Santiago, se enredan en frecuentes pelamesas, como Don Quijote y Sancho. Sancho lleva siempre consigo su bota de buen vino, y Santiago no se aparta de su "gourde remplie du meilleur", o sea de lo caro. En una venta reúne Cervantes inopinadamente a personajes suyos. En otra venta congrega Diderot a diversos personajes de la novela y pinta escenas tan curiosas como las del "Quijote". Un curioso impertinente da motivo a Cervantes para injerir en la novela una primorosa narración. Una curiosa impertinente, la señora La Pommeraye, ofrece a Diderot materia para una narración maravillosa. Todo el ambiente, en fin, en la obra de Diderot acusa, no imitación directa o trasunto fiel, sino una lejana, ideal y bella resonancia de nuestro gran libro.

¡Con qué gana devora el huacalito de shuco!

Me voy. No deseo ver más.

El comentario risueño se lo dejo a Ud., señor feliz.

1935.

El perro sarnoso de la Avenida

Tengo un amigo, mi mejor amigo entre los humildes: un perrito sarnoso de color indefinido y mirada inexpresiva. No mira nunca a lo alto, no besa nunca a ningún perro, no va jamás tras ningún amo. Le place rascarse ahí, frente al estanco número 19. Antes le pegaban los bolos, y él, sin quejas, sin enseñar los dientes, íbase despacio, embebido en cazar los enemigos invisibles que lo despellejan. Ahora ni los bolos le hacen el honor de castigarlo.

Porque no tiene amigos ni entre los hombres ni entre los perros; porque no tiene hogar ni amos; porque tiene valor de lucir sus llagas en la calle más alegre, por eso lo admiro yo. El no lo sabe, ni jamás se lo diré.

El **perro liberado** lo llamo. Esto no se ve todos los días. El perro, imagen de la más ruin servilidad, llora cuando no lo castigan. Mi amigo, el perro sarnoso, desprecia a los hombres de modo tal, que ni los dientes les enseña cuando lo golpean.

Odio yo a los perros, más a los pollones que miran y ladran insolentes desde el balcón del amo.

A este perro sarnoso lo respeto de veras.

Aprende, mendigo infeliz, a lucir tus miserias. No llores ni pidas nunca nada. Come desperdicios en el cajón de la basura y quédate a bañarte en sol en la **Avenida** alegre donde insultan al hombre los carros lujosos.

1935,

Historias baladies

Por FRANCISCO LUARCA

= Envío del autor. Santa Ana, El Salvador, julio de 1936 =

Un perro que no tiene nada de humano

La jauría se lanzó furiosa tras el perro sarnoso.

El perro sarnoso corrió desesperado y llorando

Un chicuelo desmedrado azuzó a la jauría; otro lanzó un certero guijarro al perseguido.

No había dónde librarse.

El perro sarnoso ganó terreno, gracias al inesperado encuentro—en la esquina—de la jauría con un auto.

Mas dos perros—uno grande, chico el otro—le dieron alcance al fugitivo que, fatigado, tembloroso, hecho un ovillo, parecía dispuesto a dejarse matar.

Y aquí lo prodigioso: el perro grande olió a su víctima sin hacerle daño alguno, y cuando los demás perseguidores creyeron saciar su injusta saña, él—generoso—les mostró los colmillos, como diciéndoles: "Yo defiendo a este infeliz".

Sentí ganas de exclamar:

—Gracias, hermano can.

Junio, 1932.

Saltó mal la cuerda

En la pavimentada seis niñas alegres saltan cuerda. Son pobres, pero están dichosas hoy. Sonríe la tarde mirándolas, y hasta imagino que el trino claro de las chiltotas en el vecino mango es por las niñas felices.

Ve jugar a las niñas una joven madre. 17 años a lo más.

El hijo es enfermo. (Pero hoy no quiero decir nada del niño. Me interesa la madre.)

Joven, dije. 17 años. Parece, empero, de más. El hambre, la pena del embarazo, los latigazos de la madre en el cuerpo, los del mal amante en el corazón, los de los vecinos viejas y malas en el alma, le echaron más años encima.

Breve historia: saltaba cuerda en el patio del mesón, íbase de vez en vez a chillar a la calle, salía a vender chucherías, y una tarde—no alegre como ésta, sino lluviosa—no saltó bien la cuerda de la vida, cayó... y concibió un hijo.

Hoy sólo mira saltar a las niñas alegres.

Ella es madre, tiene un hijo en los brazos, y una pena en el alma. Todo ello le pesa demasiado, y se puede caer.

Mira la madre joven jugar a las niñas alegres. ¿Cuándo podrá ella volver a ser feliz como esas niñas?

¡Alegre la maternidad...! ¡Alegre...!

Prueba, esa joven que ya perdió hasta el derecho de jugar.

1935.

La prostituta

Usted no ha sufrido jamás el hambre en un amanecer lluvioso. El hambre del amanecer es el hambre más terrible de todas las hambres. Si llueve, el hambre del amanecer se hace más cruel todavía. El hambre de la mañana es empujado por el hambre de la noche. Son dos enemigos que atacan a la vez.

Imagine entonces—el dolor de esa casi niña que hoy a las siete—recién salido el sol—bailaba con el bolo trasnochado.

Música triste:—un tango; pareja triste: un bolo y una puta; mañana más triste aún, con lluvia y frío.

Ha llegado temprano a la cantina la mujer del fango. Mal domingo ayer. Bajaron los campesinos, bebieron poco, la estrujaron mucho a ella con caricias bestiales, pero no la **mercaron**. No ganó ayer ni para el desayuno de hoy, por eso ha madrugado a bailar.

No hay trasnochador que la compre. Ese infeliz no tiene dinero. El desgraciado aguarda el loteriazco de un trago regalado. Mientras, baila con la infeliz roída por el hambre.

Miro la escena. Aunque voy a clase, me clava en la calle la pena de la mujer que busca en la nada el milagro de tres centavos, ¡Con tan poco sería dichosa!

De repente se dirige a donde la **shuquera** y con voz suplicante y quebrada le implora bebida. La otra hace un gesto desdeñoso. La puta vuelve a pedir.

—Tengo hambre. Anoche no cené. Deme algo de beber.

La vendedora—esta vez con gesto maternal—da de beber a la prostituta.

cualquiera se le hace, no digamos a vos que servís en la finca desde niño.

Y está Aurelio trabajando en la roza. A las seis de la mañana el hacha empieza a derribar laureles.

Como Aurelio es viejo y despacioso, aunque el oficio es blando, termina a las seis, puesto ya el sol, la tarea. Dice que rendido, pero no es verdad. Rozar no es difícil. Ni fuerzas ni tiempo exige. De sol a sol no más, y aliguito de sudor. Es gimnasia de niños.

—¿Gana buen salario?

—Sí. Veinte centavos la tarea, sin mantención.

El hidalgo hace un verdadero sacrificio, no más por ayudar al viejo peón que ayudó a levantar todas las fincas.

Las espinas rasgan la ropa vieja. El sudor la deshila. Muerde el hambre. El trabajo agota... la vida pesa... ¡Nimiedades!...

Regañé al viejo Aurelio. Se permitió, ¡figúrese usted!, decir mal de don Eustacio! No le agradece al hidalgo la deferencia. Recibe la enorme suma de veinte centavos diarios, con los que ha de almorzar, cenar, desayunarse, economizando, ¡claro!, de los mismos, para ropa, medicinas y pago de casa. Vive distraído, curvado de seis a seis, entre aves buenas y hormiguitas malas... ¡y rezonga!...

¡Paciencia, señor Desiderio! La decepción de don Eustacio es más que razonable. ¡Darle trabajo al anciano, pagarle buen jornal (veinte centavos) y recibir en cambio la roza hecha y las murmuraciones!

Pero el hidalgo olvida... ¡Y ha de ser don Eustacio uno de ellos! Olvidará al infeliz, al viejo sin alma que rozó la montaña, le recibió—¡desvergonzado!—¢ 1.20 el sábado, y se fué, más curvado, más viejo, más ciego, más manso, camino de la ciudad.

Olvide al viejo; perdónelo. Y dé trabajo al ejército de ruines que no se arrodillan al recibir ¢ 1.20 al fin de la semana, ese 1.20 que usted, don Eustacio, sacrifica, por servir, en horas de crisis, a los menesterosos.

29 de abril de 1935.

Perro imbécil

Bajó del valle el campesino. Venía a la ciudad, a la feria.

Solimán andaba en huelga tras la perra **barcina** de los Aguilares.

Pero el hambre lo llevó al rancho, y como no hallara al amo, tras la huella se vino, veloz, a la ciudad.

Otro día de menos bullicio y hacinamiento hubiera hallado al amo. Pero aquella tarde, los carros, las bombas, el humo de las pasteleras, lo desorbitaron. Más de una vez movió alegre el rabo, creyendo ver al amo. Y se dolió más de una vez de haberse equivocado.

Olvidó el hambre, olvidó a la perra barcina, olvidó los aguacates de su vecina arboleda. Una idea no más lo obsesionaba: hallar al amo.

Rendido, más abiertas las fauces, más vidriosos los ojos, más nervioso, bajo un ceibo

se detuvo. Miró a todos lados, y,—lúgubrememente—lanzó al aire su voz dolorida, su elegía de perro sin amo.

Aulló aulló lúgubrememente. Le aulló al cielo hasta herir mis oídos.

Me volví, furioso, contra Solimán, y por no darle con una piedra en la cabeza, que es mucho honor para el esclavo, insulté al animal:

—“¡No llores, miserable! Verdugos hay a millares. Látigos hay para los canes. Los puntapiés se regalan. Escoge cualquier amo, vete con él y recibe golpes y huesos roídos.

¿Eres hombre acaso, miserable? Si fueras ser humano, bien te iría llorar por el verdugo.

¡Infeliz! ¡Eres perro! ¡Sé digno primo del lobo de la montaña!

Hazte vago y ladrón, pero sé libre!

No me oyó el animal: siguió llorando por el amo.

29 de abril de 1935.

Homenaje a la vejez

Por ARMANDO SOLANO

= De El Tiempo. Bogotá =

De acuerdo con lo establecido desde hace más de veinte años, se ha celebrado en España el último lunes santo, el homenaje a la vejez. Hemos tenido la oportunidad de leer algunas crónicas de la fiesta, solemnizada en ciudades y aldeas con extraordinario fervor cívico, y esos relatos nos han causado impresión muy viva. Traduce esta celebración un espíritu de tal nobleza y sugiere una tan apretada y cabal solidaridad dentro de un pueblo que, naturalmente, lo primero que se piensa es que fuera posible establecerla entre nosotros. La continuidad de las generaciones es la prueba más tangible del vigor de un país. Cada una debe desechar, es inevitable, el lote de errores cometidos por su antecesora, y tiene que adoptar procedimientos y expresiones desconocidos en el pasado, y cuya caducidad imponen los nuevos descubrimientos, las nuevas ideas, las nuevas modalidades de vida. Pero ese abandono mal puede abarcar el de los ejemplos y las enseñanzas dejados por los que pasaron. Ellos aportaron su inteligencia, su bondad, su valor, su pena, a la interminable construcción de la patria. Ellos soportaron las pruebas y los dolores que la vida les impone a sus militantes de cada época. No tiene cada nación

un tesoro más venerable ypreciado que el de sus viejos, depositarios de los entusiasmos colectivos, de las tradiciones, de las leyendas, de las historias, cuyos hilos tejen la vida nacional. Por su abnegación, por su virtud, por su experiencia, vivieron nuestros padres, vivimos nosotros. Guardianes de las tumbas a donde fueron cayendo sus ilusiones y sus amores, fueron también los centinelas de las cunas en donde, con la respiración contenida, aguardaron la renovación del milagro. Son niños grandes que han sufrido mucho y han asistido estoicamente a la transformación de la sonrisa del candor en la del desencanto. Son, como dice Gassols, la juventud eterna de la raza y del espíritu. Porque los viejos viven, porque tienen la entereza de durar, de mantenerse en pie, de acompañar nuestros pasos siempre inexpertos, son merecedores del homenaje consagrador de las generaciones nuevas.

Los viejos son quienes todo lo han dado. Quienes no han hecho sino dar, entregarse, repartirse, en su sabiduría, en su ternura, en su previsión. Y llegan al cabo de la jornada con las manos vacías, pero con el corazón aún desbordante de todas las plenitudes. Después de haber amado a sus hijos con esa devoción, con esa idolatría, con esa inquietud sin reposo, con ese culto único e insustituible, el viejo llega a ser abuelo, y entonces le parece descubrir que nunca había querido y que es el nieto quien le trajo la revelación de sus posibilidades de cariño. Y vuelve a comenzar, pero elevado a una potencia infinita, el camino de la renunciación, del amparo, del mimo, del derroche inagotable de la delicadeza. Y así van los pueblos y las razas, creciendo, prosperando, haciéndose fuertes, bajo el patrocinio y la tutela de los viejos. A ellos van los grupos en conflicto, los hombres desconcertados, las comunidades afligidas por un gran golpe, en demanda de guía y de consejo.

Nuestra época se caracteriza por un cierto espíritu de irreverencia. Es fundamentalmente antitradicionalista y quisiera fabricar sus propios moldes y darse sus propias directivas sin apelar a cuanto elaboraron los viejos. Tendencia estéril y actitud infantil,

In angello cum libello—Kempis.—

En un rinconcito, con un librito,

un buen cigarro y una copa de

ANIS IMPERIAL

SUAVE — DELICIOSO — SIN IGUAL.

FABRICA NACIONAL DE LICORES

SAN JOSE, COSTA RICA

que no permiten dudar del carácter de transición que tienen estos tiempos. Si fuera posible, que no lo es ni lo será, nada sería tan de temerse como una generación que actuaría completamente desligada y olvidada del pasado. Produciría, después del cataclismo, la paralización. No es un lastre el pasado, sino un punto de apoyo. Y sería curioso, por lo menos, ver a un país repitiendo los antiguos yerros, cayendo en las mismas emboscadas, sucumbiendo bajo los mismos peligros que sufrieron las generaciones idas. La historia no es un encadenamiento de relatos intrascendentes para entretener las veladas, sino un catálogo de sucesos interpretados por un criterio sagaz, donde los hombres miden y calculan el porvenir mediante la interpretación y el análisis de lo que fué. Y los viejos, historias vivas, que pueden darnos el comentario animado de los hechos, tienen una misión didáctica y una cátedra de prudencia que sería insensato desoir.

Sentimental, intelectual, patrióticamente, el homenaje a la vejez sería en Colombia una hermosa fiesta anual de incalculables alcances. Estrecharía los lazos de familia, que son ahora menos fuertes y duraderos de lo que pensamos, y mucho menos de lo que existe en viejas naciones, a las que juzgamos moralmente disueltas. Y socialmente, sería la consagración de la gratitud, posiblemente la más bella virtud humana, y como dijimos, el ejemplo vivo de la solidaridad. Verían las juventudes que envejecer no es depreciarse, no es ir cayendo en la insignificancia, en el abandono y el desdén. Y, por otra parte, como en España pasa, el homenaje a la vejez sería causa del perfeccionamiento constante de las leyes sociales que han de protegerla, que en casi todos los países la protegen, como acto de justicia elemental, y que entre nosotros no han dado los primeros pasos.

ro aseguro, eso sí, que cada vez que este hombre ve al otro, le acomete con tal tenacidad, con tal vehemencia, que aquel desventurado no va a encontrar otra salida que el suicidio. Y no exagero; no vayan a creer que estoy exagerando. Hay que ver, en qué forma este vampiro le habla a su desgraciada víctima. Es una serpiente. La sugestión tiene, en este caso, caracteres increíbles.

Yo le he visto entrar en un café, expresamente para decirle a su vasallo: "¡Qué cobarde, qué descarado es usted! Ningún hombre que tenga vergüenza soporta lo que está soportando usted, después de haber prometido aparatosamente suicidarse. Es claro, el miedo..."

Así, con este verbo, el hombre de la nariz de segur trata al pobre andrajo humano la desgracia de confiarle un secreto.

Ha habido momentos en los que he sentido tan honda pena, que se me ha ocurrido inventar un truco para defender al cuitado. Pero me he arrepentido porque, después de todo, es razonable que "cada palao aguante su vela" en el mar de la vida. Lo malo es que la vela, en este caso, flota al viento de una chalupa sin timón, en plena borrasca.

Mientras tanto, yo le narraba estos hechos, así, escuetamente, hace unos días, sin ponerle aliño alguno, a una notable escritora cubana, la que me decía: "Dalos así, tal como me los cuentas, al público". Y yo le objetaba: No; no me creerían. Sería mejor aderezarlos con alguna exageración; poner en ellos una brizna de fantasía, un poco de novela; terminarlos en tragedia calderoniana. Las gentes son de tal manera, que la grandeza de los helenos peculiarmente se interpreta en simpleza. Aparte de que la verdad, sin pimienta, sin sal, sin vinagre, la rechazamos en la literatura, tal vez porque en la vida la encontramos tan a menudo...

El vampiro...

Por JOSE DEL C. VELASCO

= Envío del autor. La Habana. Abril de 1936. =

Hacia mucho tiempo que yo conocía, de vista, a aquel hombre. Desde la primera vez que nos encontramos, su imagen se quedó grabada en mi retina, como si estuviera estereotipada. Precisamente por eso, tenía un verdadero deseo de que me presentaran a él.

En el momento de la presentación fui un poco impertinente. Le obligué a que me dijera con claridad su nombre, su apellido, su domicilio. No quise aceptar, en este caso, esa fórmula convencional de las presentaciones, que se traduce en dos murmullos...

He cultivado después esa amistad hasta cierto punto. Nos saludamos; hablamos fruslerías. No podemos intimar. No; no podemos.

Este hombre, como el viejo de "La Pampa de Granito", tiene la nariz como una segur. Sus ojos se parecen a los de Jovel; su boca debe de ser como la de Cuasimodo. No, no podemos intimar...

Pero es el caso que este hombre tiene una historia que yo conozco, que él mismo me ha contado. Es una historia truculenta, la historia de un hombre que tiene la nariz de la misma forma que una segur.

El tenía un amigo... Tenía no: el tiene un amigo. Bueno; eso de amigo es un decir. Con él habla a veces un hombre... Es que hasta esto de hombre no cuadra. Bien...

El segundo de ellos dos, un día, desesperado de amor, luego de un fracaso corriente, se dirigió a éste, a contarle su cuita, a pedirle consejo, guía, orientación. Pero, en su debilidad, llegó a decirle: "Estoy aburrido de la vida. Voy a matarme".

Estas palabras, escuchadas por el de la nariz de segur, fueron el punto de apoyo de su actuación, a partir de aquel momento. Y, en efecto, le dijo al otro: "Yo creo que sí; que usted hace bien en matarse". Se detuvo un rato, y luego agregó: "Cuando un hombre ha sufrido un fracaso como el de usted, estorba aquí; por tanto, debe irse. ¡Mátese usted!" Se quedó un rato en silencio, en una causa meditada, y luego prosiguió: "Yo sé bien, lo comprendo en sus palabras, que usted es un hombre de honor; así es que no precisa insistir en que cumplirá lo que me ha dicho". Y se despidió.

Naturalmente, el otro infeliz, el débil, que-

dó como en aspas. Comprendió que había llegado demasiado lejos y, al momento, sintió la necesidad de recoger cordones. Era demasiado tarde.

Cuando, casualmente, volvieron a encontrarse, mi hombre recibió al gafo, así: "¿Cómo? Yo creía que usted era un hombre de palabra, uno de esos hombres en los cuales se puede confiar. ¿Cómo es eso? Yo creo, amigo, que usted no es un hombre. Le repito: cuando a un hombre le pasa lo que le pasó a usted, está demás aquí, entre nosotros".

Como terminó esta entrevista no lo sé; pe-

La amazona del viento

= Envío del autor. Medellín, Colombia Junio de 1936 =

1

Huracanes cautivos, las hélices, envuelven las serpentinadas de oro de la mañana, el aire se hace trizas al soplo de la máquina aérea que, como Atlas metálico, en sus cinéreas alas cargar parece, humilde, la bóveda celeste.

Cual de la tierra huyendo, los Icaros modernos llegan, aventureros, a la nave nostálgica. De pronto el brillo claro de las alas se enciende

y una azul melodía a los cilindros pasa, porque al avión ha entrado mi rosa de los vientos.

¡Mi rosa de los vientos va montada en el viento!

En la altura su mano borrosa llora nieve: el águila de encajes, de pico y uñas rojas, dice adiós al oscuro gusano que la exalta, y en los fríos cristales de la nave, buscando su mano, impreso queda, como un lis, mi sollozo.

¡Escuadrones de nubes, abrid paso a la Amada,

hijas del sol, Heliades, inclinaos que, aligera, mi rosa de los vientos va montada en el viento!

2

¡Amazona del viento! Catedrales de rosas levanté a la divina majestad de tu cuerpo bajo el temblor azúleo de las estrellas rotas. ¿En cuál selva dormida se incrustó tu suspiro, pastora de las nubes, flauta de mi silencio?

Yo fui vino, tú copa: yo brizna, tú universo. Yo ardí en el pebetero de tu vedada boca, quemé en ti las orobias de mi hastío selecto. ¿En qué mares oscuros cayó tu risa muerta, domadora de nubes, fortaleza del tedio?

Mi corazón rugía sobre tus manos rojas, el tuyo se quejaba en mis ramos de besos, una esclava, la noche, te creía la aurora. ¿En qué valles morados viste mi sombra herida, diamante de las nubes, cicatriz de mi pecho?

¡En la tierra no hay nada, está todo en el viento!

¡Mi rosa de los vientos va montada en el viento!

Ciro Mendia

Recado sobre Quetzalcóatl (1)

Por GABRIELA MISTRAL

= Colaboración. Lisboa, 1936 =

Quetzalcóatl llegó al Anáhuac viniendo del Sudeste, por donde corre el país del quetzal. Nadie supo bien dónde nació y se hizo mayor este dios del Viento que traía rumbo y no decía patria...

Era cosa de mucho asombro el Quetzalcóatl andador, de cuerpo "lanzado"; de piel más clara que la del indio; barbado en raza lampiña y de trato mágico. El Barbado vestía una túnica blanca que le llegaba hasta los pies, y su cuerpo echaba claridad por sus ojos brillantes y por el algodón extremo que lo cubría. Daba dicha oírle hablar, convenirse de su razón y seguirlo sin más, según siguen los pájaros el viento del mar.

Quetzalcóatl, viniendo de la tierra que lo hizo, se entró al Anáhuac atravesando pueblos y fué a establecerse en Cholula, donde dicen que se quedó muchos años. En Cholula juntó familias, les hizo ciudad y les levantó gran templo, con lo que Cholula se volvería ciudad Santa, región con leyes de Quetzalcóatl y templo no visto de costados redondos en los que el viento de Quetzalcóatl no se rompía al pasar...

La gente tolteca ignoraba dónde comienza el año, cuándo se abren primaveras de sembrar y cuándo el otoño manda recoger la cosecha antes de granizos y hielos.

El Vestido de Blanco traía el calendario en sus ojos lectores del Zodíaco y en su memoria donde se lo pondría su raza. Quetzalcóatl reveló el año real a los aztecas dándoselo de trescientos sesenta y cinco días, partido en dieciocho meses, cada uno de veintena. Calendario tan bueno fué el de Quetzalcóatl como el que los hombres blancos tenían al otro lado del mundo. Estampado en piedra y puesto en cuero o metal, este año de los toltecas fué lo mejor que ellos alcanzaron en ciencia, del cielo y de la tierra. Su círculo es la cara misma de Quetzalcóatl y pregona la gloria del hombre que sabía las leyes del suelo y de la atmósfera.

Quetzalcóatl también llevó al Anáhuac las labores de algodón. Lo tejían los mexicanos de varios modos para vestido de hombres y de mujer; pero el venido del Sudeste, traía centenares de habilidades: conocía mejores husos y telares y la maniobra de cruzar urdidumbre y trama; puso mucha fantasía en los tintes de colorear y dió arte más completa de rematar los primores que llama reboso de mujer, zarapes y paliacates. Encandilados de aprender artesanía nueva, varones y mujeres hilaban con el Barbado semanas y meses.

Quetzalcóatl recorría por todas partes la tierra novedosa que le hacía feliz por lo ancha que es, por lo varia que nació y por lo niña que se la ve siempre. El diligente iba y venía con la indiada y abría con ella el suelo para sacar metales y piedras preciosas. El Barbado les hizo encontrar los jades. La linda cosa mineral verde tierna o verde extensa, los indios no la conocían. Apenas descubierta, se pusieron a labrar con ella sus dioses y sacarle donosuras y niñerías.

Quetzalcóatl traía en sus manos todos los oficios del metal: el fundir el oro y la plata, el procurar el bronce y el sacar de ellos las joyas que gustaban a los príncipes, la vaji-

lla en que comerían los reyes y otros primores aun.

Sabía más aun el hombre que vino del Sudeste, y con la pluma del quetzal y la de faisán o colibrí, Quetzalcóatl confeccionaba el "bordado de pluma", que era una gloria ver sobre los muros y en la mesa de los señores y adornando a los danzantes de la fiesta.

Metido en el fuego, hostigando el mineral hasta vencerlo, él dominaba a los indios que le obedecían al gesto; se ponía a contar secretos del día y de la noche y era dueño del corazón de las mujeres, y haciendo jugarretas de obsidiana, recibía la algazara de los niños. Parecía un rey y era mejor que eso; parecía mago completo, pero también era mejor que ellos.

A la primera mañana o a la tarde, cuando salta el Lucero o se va, Quetzalcóatl rezaba a sus dioses. Rezaba y luego se ponía a contarlos: eran los dioses que hicieron al sol para orden de estaciones; eran los que soplaron el viento, ruta de lluvias y de semillas; eran los que tornearon al primer hombre; eran los que hacen crecer lo que crece o dejan las cosas en su mismo ser; y eran muchos más que van y vienen en el aire, en el sobrehaz de la Tierra y debajo de ella. Los dioses de Quetzalcóatl, no pedían logro, ni echaban a la guerra, ni oían la sangre, ni se refocilaban en juegos de muerte. Dictaban fiestas, pedían coros, hacían sembrar y se regalaban en alegrías.

La madre de Quetzalcóatl se los enseñaría en la tierra de donde él vino, que pudo ser la misma nuestra o una estrella del fondo del cielo, ya que era muy lejos de donde él vino...

Por saber tantas cosas del suelo, le llamarían la Serpiente —coatl— que es quien más se la conoce, y por entender lo mismo en el aire, lo llamarían su quetzal.

Le gustaba ir dando y tomando noticias de pueblo en pueblo. En ninguno se quedó, excepto en Cholula y sería que le mandaron a ver y servir a los países y a dejarlos felices.

Después de mucho vivir con ellos, y cuando les enseñó lo que trajo, Quetzalcóatl no sintió apetencia de seguir adelante. Dicen algunos que otro dios lo arrojó de su propio reino o cuentan que sólo quiso volver al Tlapallán, "el país rojo", de donde le llamó su padre.

Así fué cómo deshizo su viejo camino y marchó de regreso al Sudeste. Refieren que iba llorando de haber querido mucho a la gente tolteca, y añaden que se perdió prometiendo volver algún día.

La promesa se la recogieron los toltecas y la pasaron a sus hijos aztecas, pero se olvidaron de sus facciones precisas, y cuando desembarcó Cortés, creyeron que su hombre barbado venía de vuelta. Y Hernán Cortés no era el varón de ellos, su Quetzalcóatl.

Después de la muerte de miles de mexitlis, de servir a otros dueños, de aprender el hierro con los venidos, de adquirir rebaños de toros y ovejas nunca vistos y de comer el pan de trigo, volvió Quetzalcóatl, que es el alma más íntima de los mexicanos, y vino a repartir la tierra que es del gran Tlaloc. Regresó por ese menester y el de vestir a sus aztecas para trabajo y fiestas y el de construir las casas de ellos, que habían aumentado volviéndose innumerables.

Tanto subieron los mexicanos hacia el Norte y se deslizaron como el azogue hacia el Sudeste, que ahora comienzan con la boca del cuerno que se abre en Río Grande, y termina donde el cuerno acaba su arco, que es en la península de Yucatán, parecida a extremo de caracola.

Noticia de libros

(Registro semanal, extractos y referencias de los libros y folletos que se reciben de los autores y de las Casas editoras).

Con el último correo, y como homenaje de los autores:

Federico Morador: *Anatomía*. (Poesías) Edit. LOS NUEVOS. 1935.

Con el autor: Cajadores 1019. Montevideo, Uruguay.

C. M. Britos Huertas: *Poesía*. (1933-1936). Montevideo. 1936.

Con el autor: Calle José Mía. Montero, 2890. Montevideo, Uruguay.

Humberto Porta Mencos: *Poesías escogidas*. Editorial MAUCCI. Barcelona.

Con el autor: Chiquimula, Guatemala, C. A.

J. Enamorado Cuesta: *El Imperialismo yanqui y la Revolución en el Caribe*. Pra. edición.

Editorial CAMPOS. San Juan de Puerto Rico.

El joven llorado. (1910-1935). A la memoria de Victor Jorge López, muerto en la juventud, sus padres consagran esta ofrenda amantísima.

Edit. EL GRAFICO. Envío de *Cornelio Hispano*. Bogotá. 1936.

Aurelio Aillon Tanayoy: *El excursionismo ecuatoriano*. Quito. 1936.

Con el autor: Apartado 99. Quito. Ecuador.

De los editores:

The Banana Empire. A case study of economic imperialism. By Charles David Kepner and Jay Henry Soothill. New York. The Vanguard Press.

De la JUNTA PARA AMPLIACIÓN DE ESTUDIOS E INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS. Centro de Estudios Históricos, Sección Hispano-Americana, Madrid:

Atlas Histórico de la América hispano-portuguesa. Por J. Dantin Cereceda y V. Loirenye Canecio. Fascículo segundo. V. Viajes de Cristóbal Colón. VII. Darién y la Costa de Paría. Madrid. 1936.

Como envío de la Academia Ecuatoriana correspondiente a la Española:

Celiano Monge: *Poesías*. Quito. 1935; y *Relieves*. (Artículos históricos). Quito. 1936.

Como envío de la casa editora alemana F. A. BROCKHAUS, en Leipzig:

Der Sprach Brockhaus. Deutsches Bildwörterbuch für jedermann. 1935.

Extractos y otras referencias de estas obras se en darán ediciones próximas.

(1) Héroe o semi-dios de los toltecas.

EDITOR:
J. GARCIA MONGE
CORREOS: LETRA X
En Costa Rica:
SUSCRIPCIÓN MENSUAL: ₡ 2.00

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

El suelo es la única propiedad plena del hombre y tesoro común que a todos iguala, por lo que para la dicha de la persona y la calma pública, no se ha de ceder, ni fiar a otro, ni hipotecar jamás.—JOSE MARTI.

Exterior:
El semestre, \$ 3.50
El año, \$ 6.00 o. am.

Giro bancario sobre
Nueva York.

1911-1936

Bodas de plata de un libro de Gentile

Por PEDRO MOURLANE MICHELENA

= De El Sol, Madrid =

Festejemos las bodas de plata de "L'atto de pensare come atto puro", de Giovanni Gentile, libro que vió la luz en Palermo en 1911 y que está en el Índice del Santo Oficio. Quien repare en esta fiesta en el fluir del tiempo al no ser o en la ceniza de sus sienes y haga libaciones de hastío no es amigo de Gentile. A nadie el día de hoy se le amortigüe el sí luminoso ante la vida. A él se le ha llamado el filósofo del sí, y la fe que nos trasmite no nos cierra los ojos para que veamos mejor, no nos aquieta, sino nos excita noblemente.

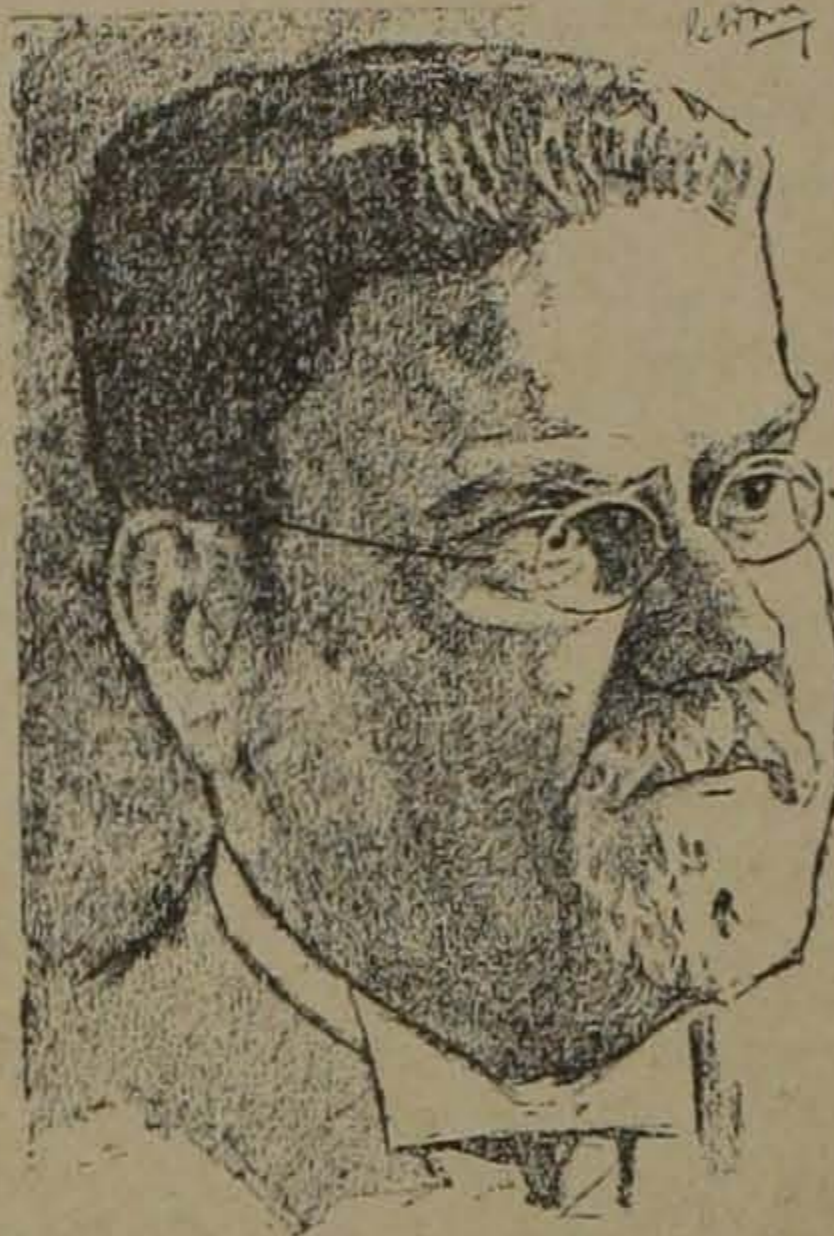
Fué en el verano de 1934 cuando la congregación del Santo Oficio puso en el Índice las obras de Croce y las de Giovanni Gentile. ¿Incurrirá "ipso facto" en la excomunión reservada al Soberano Pontífice quien relea estos días "L'atto de pensare come atto puro"?

Ignoramos si la interdicción alcanza a las lecciones del maestro de Filosofía en Camposasso, Nápoles, Palermo, Pisa y Roma; pero la Italia de hoy, la gibelina otra vez frente al Consistorio güelfo, ¿se lo pregunta siquiera? ¿Qué es lo que la curia vaticana condena en el pensamiento de Gentile? ¿Es "La Filosofía de Italia desde 1850", obra que quien más, quien menos, ha releído y reglosado, y que estudia a los escépticos, a los platónicos, a los positivistas, a los neokantianos, a los neotomistas y a los que impulsan en su país la corriente posthegeliana? Datan estos ensayos de 1903, y de entonces a ahora no ha cesado Gentile de publicar libros importantes. El, con sus métodos, redescubre y recrea la continuidad del pensamiento italiano a través de la historia. Lo ha recorrido todo, desde la Edad Media hasta nuestros días, con su labor sobre la Escolástica, sobre Bruno, sobre Telesio, sobre la filosofía del Renacimiento, sobre Vico, sobre los sistemas napolitanos, desde Genovesi hasta Galluppi, desde Rosmini y Gioberti, sobre los escritores filosóficos, en fin, de 1850 a 1900.

Para el filósofo es Gentile el meditador de una doctrina: la de la inmanencia absoluta, que hunde sus raíces en una tradición ente-

Si usted reside en el exterior, y desea suscribirse al *Repertorio Americano*, puede solicitarlo a:

G. E. Stechert & Co.
31-33 East 10th. Street.
New York, N. Y., U. S. A.
Central de Publicaciones.
Edificio «La Nacional». Avenida Juárez.
México, D. F. México.
Librería Sudamericana.
Obispo 31 1/2
La Habana, Cuba.



Giovanni Gentile

ramente italiana, que la gente hoy reivindica y asocia con orgullo a la reconstrucción nacional. Lejos de negar la filosofía pasada, Gentile la "justifica y resuelve" en su frase y abarca desde la altura de su exigencia.

Para el político es el debelador de "las fuerzas corrosivas del Estado" y uno de los fundadores de la "religión de la patria". Para la juventud de los haces lictorios es el que ha "istilato la fede nella vita e in noi" (la fe

Nota sobre el envío de un cuaderno de versos

Se ha publicado en estos días un cuaderno de veinte páginas, con el título de «Suplemento» y subtítulo—*Poesía y Madera*—. Contiene tres grabados en madera—dos de Zúñiga y uno de Amighetti—y veinte poesías escritas por un grupo de jóvenes que se inician en nuestro ambiente como cultores de la poesía, a excepción de Francisco Amighetti, Emma Gamboa y Fernando Luján que ya se han dado a conocer en el REPERTORIO AMERICANO.

Colaboran en dicho cuaderno Francisco Zúñiga, Joaquín Gutiérrez, Jaime Luján, Alejandro Quesada R., Ricardo Segura, Francisco Amighetti, Arturo Echeverría Loría, Emma Gamboa, Fernando Luján, Manuel Picado Chacón, Luis Morales y Adilio Gutiérrez.

REPERTORIO AMERICANO ha recibido cien ejemplares del primer número de esta revista—que circulará cuatro veces por año—a fin de que por su medio y como suplemento del mismo, se distribuyan a algunas personas indicadas que residan en el exterior, lamentando, no obstante, el no haber podido enviarla a todos los distinguidos suscriptores del REPERTORIO, por el número limitado de la edición.

en la vida y en nosotros mismos), y es el profesor de entusiasmo que vivifica cuanto toca. ¿Qué es entonces lo que la Iglesia rehusa en el filósofo? ¿Su obra de educador como ministro al frente de la enseñanza o como maestro desde su cátedra? Es posible, y esta labor, que corre en parte impresa, como el volumen "La riforma dell'e educazione", puede despertar alarmas en la otra Roma. Educar para Gentile, como Volpicelli advierte, no es "abituare ó erudire ma formare personalità, suscitare energie, interessi ideali". Este ir conformando la personalidad, este suscitar energía, intereses ideales, son ya fascistas "avant la lettre", y es justamente esta dirección la que la otra Roma reprueba. Gentile ha concretado la tendencia en una página de la que son las líneas siguientes:

"Allí donde el amor falta ("dove l'amore manchi"), todo saber pedagógico, toda provisión de cultura, son vanos; donde el amor respire ("dove esso spiri"), las más tenues sugerencias del buen sentido de la experiencia o de la intuición de la vida, de la cual la educación es hogar, se dilatan naturalmente en sistema luminoso, coherente, fecundo".

Este sentir ha llevado a Gentile a exaltar ante la juventud paganamente el Estado, que "es y deviene además y se justifica asimismo en sus fines". Para la Iglesia, el Estado es perecedero y no puede crear por sí doctrina trascendente, ni tampoco una moral que rijan la conciencia del súbdito, que antes que súbdito es "uomo universale" e hijo de Dios. Pero éstas son cosas de orden episódico en el filósofo de "L'atto di pensare come atto puro". La doctrina de la inmanencia absoluta está ya en el libro cuyas bodas de plata festejamos. Al Gentile de los sesenta años a la vida, al que reanima en la juventud "el gran impulso o el gran deseo", el de 1911, el filósofo que refunde, liga y aúna en síntesis hegelianas dos formas absolutas del espíritu, arte y religión, en una tercera que es la Filosofía.

Ese es el Gentile hacia quien hoy, con ocasión de un aniversario, va nuestra simpatía.

Si usted reside en el exterior, y desea suscribirse al *Repertorio Americano*, puede solicitarlo a:

B. F. Stevens & Brown, Ltd.
New Ruskin House, 28-30, Little Russell Street.
London, W. C. I.
Narcisa de Hernández Bitter y Cía.
Apartado 775.
Caracas, Venezuela.
Editorial Pan América.
Bolívar 375.
Buenos Aires, Rep. Argentina.